

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

## Chile\*

(POESIA HISPANOAMERICANA)

LA raza indígena, que tan escasa o nula influencia ha ejercido en la literatura hispanoamericana, tiene, no obstante, en la colonial de Chile una acción indirecta tan poderosa, que decide del género y asunto de la mayor parte de las producciones en prosa y en verso que allí durante dos siglos se compusieron. Aquella estrecha faja de litoral, árido y pedregoso, que no podía excitar ni la codicia ni la imaginación de los aventureros, costó más para su conquista y conservación que todo el resto del continente americano, y aún hubo parte de ella que nunca fué enteramente domeñada. Una tribu de bárbaros heroicos gastó allí los aceros y la paciencia de los conquistadores, y manteniendo el país en estado de perpetua guerra, determinó la peculiar fisonomía austera y viril de aquella colonia, a la vez que ofrecía un tema casi inagotable a los primeros ensayos de sus ingenios. Toda la primitiva literatura de Chile, así en los poetas como en los historiadores y los arbitristas, no existe más que por la guerra de Arauco, y no habla más que de los araucanos. Si aquellos bárbaros no escribían versos ni componían historias, y sólo conocían la poesía y la elocuencia en sus formas más rudas y elementales, daban a lo menos continua ocasión, con las hazañas de su increíble resistencia, a que se multiplicasen los poemas y las historias de que ellos venían a ser héroes sin saberlo. Así se formó en tiempos plenamente históricos una literatura de temple muy épico, que contrasta con el carácter patriarcal y algo casero que las letras coloniales ofrecían por lo general en los pacíficos empo-

rios de México y Lima, o en las escondidas metrópolis de Quito y Santa Fe. Y aún en cierto sentido puede decirse con D. Andrés Bello que "Chile es el único de los pueblos modernos cuya fundación ha sido inmortalizada por un poema épico". Ni hay tampoco literatura del Nuevo Mundo que tenga tan noble principio como la de Chile, la cual empieza nada menos que con *La Araucana*, obra de ingenio español, ciertamente, pero tan ligada con el suelo que su autor pisó como conquistador, y con las gentes que allí venció, admiró y compadeció a un tiempo que sería grave omisión dejar de saludar de paso la noble figura de Ercilla, mucho más cuando su poema sirvió de tipo a todos los de materia histórica, compuestos en América, o sobre América, durante la época colonial.

Larga y vanamente se ha disputado sobre si tal obra cabe o nó dentro de la antigua categoría épica. Ante las modernas doctrinas sobre la epopeya, tal cuestión carece hasta de sentido. Ni *La Araucana* ni otro ningún poema moderno, ni, entre los antiguos, la *Eneida* misma, tienen nada que ver con un género primitivo, impersonal, propio de las edades heroicas y de las civilizaciones incipientes, como es la genuina epopeya. Tan imposible es producirla a sabiendas y tan ridículo intentarlo, como sería crear una mitología nueva o inventar una nueva lengua. La epopeya pertenece al género de las creaciones espontáneas del espíritu humano, y las fuerzas que la engendraron no existen ya, o están latentes, hasta que en un medio social adecuado, que el volver de los tiempos puede traer consigo, como le trajo en la Edad Media, logren manifestarse de nuevo.

Así, por ejemplo, muchos siglos después de haber muerto la epopeya clásica (sustituida por las exquisitas imitaciones literarias de Apolonio o de Virgilio), los ig-

\* Tomado de la *Historia de la Poesía Hispanoamericana*, tomo II, Librería de Victoriano Suárez. Madrid, 1913.

norados cantores de Rolando, del *Mío Cid* y de *Los Nibelungos*, pudieron ser tan épicos como los rapsodas homéricos, sin conocerlos ni enlazarse con su tradición en modo alguno.

En este concepto, hoy universalmente aceptado, claro es que Ercilla no merece rigurosamente el nombre de épico, pero tampoco puede decirse que lo sean Camöens, ni el Ariosto, ni el Tasso, ni Milton. La obra de cada cual de ellos constituye un nuevo tipo poético, que tiene su propio e individual valor, independiente en todo del de la antigua epopeya, por más que quisieran remedarla a veces, aunque nunca de un modo tan sistemático como Virgilio lo intentó respecto de Homero. La originalidad y la riqueza de la gran poesía del Renacimiento son en esta parte visibles e innegables. ¿Por dónde puede encajar en el molde antiguo un poema como el *Orlando Furioso*, que no tiene principio ni fin, ni acción principal; que empieza por ser continuación de otro larguísimo poema, y que acaba dejando abierta la puerta a todas las continuaciones que puedan discurrirse y que, en efecto, se discurrieron? Y sin embargo, aquella inmensa novela en verso, en que la materia épica de los tiempos caballerescos aparece remozada por la más suave y penetrante malicia, y transformada por la invasión del naturalismo clásico, no deja de ser una de las obras más deleitables del ingenio humano, a la vez que el dechado de un género nuevo, que no es la parodia prosaica, sino el poema fantástico-irónico, en que la imaginación, libre de toda traba, se deleita con lo mismo de que parece burlarse. Por el contrario, el alma grande y melancólica del Tasso escribió el testamento de la caballería en un poema que de histórico apenas tiene más que el nombre y la apariencia, pero que vagamente respondía a aspiraciones de todo el mundo cristiano en el siglo XVI. Fué en Italia el poeta del segundo Renacimiento, como Milton en Inglaterra; Tasso con el espíritu de la reacción católica, Milton con el espíritu de la reacción puritana. Al procurar encerrar dentro del molde de la regularidad virgiliana, el uno la desordenada e florecencia de la poesía novelesca, el otro la grandeza bíblica desfigurada por las espinas de la controversia teológica, creaban en realidad géneros nuevos, que conserva-

ron vida hasta los tiempos de Chateaubriand y de Klopstock.

El lauro de la renovación de la poesía histórica correspondió en el siglo XVI a los peninsulares, a los españoles, en la más lata y tradicional acepción de la frase. No con frías composiciones de escuela como la *Italia Liberata*, del Trissino, sino con obras vivas y llenas del alma de la patria, dieron simultánea expresión Ercilla y Camöens, aunque por caminos diversos y con méritos desiguales, a la poesía de las navegaciones, de los descubrimientos y de las conquistas ultramarinas, trayendo al arte cielos, nuevos cielos, nuevas tierras, gentes bárbaras, costumbres exóticas, hazañas y atrocidades increíbles. Un nuevo Mundo se abrió para el arte, casi un siglo después de haberse abierto para el arroyo y esfuerzo del pueblo ibérico. Camöens tuvo todas las ventajas del argumento, aparte de su propio genio, superior sin duda, aunque no en todo y por todo, al de su contemporáneo. Cantó empresa grande, extraordinaria y magnífica, capital en la historia de la humanidad, brillante en todos sus accesorios, aventura inaudita de un pueblo exiguo, lograda contra las iras del mar tenebroso, contra la potencia enorme, aunque caduca, de civilizaciones vetustísimas, no entre tribus salvajes y medio desnudas, sino en el país de los aromas y de las especerías, en el Oriente misterioso y sagrado, en los emporios de la Persia y de la India. Ercilla, por el contrario, de todo el grandioso cuadro de la conquista del Nuevo Mundo, no escogió por materia de su canto ni la épica ruina de la Ilión de los lagos, ni el ocaso del sol de los Incas, sino la conquista, en realidad frustrada, de "veinte leguas de término, sin pueblo formado, ni muro ni casa fuerte para su reparo", habitada por bárbaros sin nombre ni historia, hasta que él vino a darles la inmortalidad en sus versos.

Ni paran en esto las ventajas de Camöens y las desventajas de Ercilla. El primero acertó a condensar en un poema que tiene algo de cíclico, toda la historia real y fabulosa de su país, agrupándola con mucho arte en torno del hecho sobrehumano que constituye la más espléndida corona del pueblo portugués, y tras del cual empieza su irremediable decadencia. Ercilla se limitó a convertir en materia poética la exigua materia histórica con que le

brindaba su argumento, y si alguna vez hizo excursiones fuera de ella, aún éstas tuvieron carácter de actualidad contemporánea, como las descripciones de las batallas de San Quintín y Lepanto, débilmente enlazadas, por lo demás, con su narración, aunque de tanto precio consideradas en sí mismas, que pasma la omisión que de ellas se ha hecho en una reciente edición chilena de *La Araucana*, que, sin embargo, merece estimación por lo correcto de su texto y por sus ilustraciones históricas. Si un espíritu adverso a España ha dictado estas mutilaciones, razón sobrada tendría para indignarse de ellas la sombra del poeta y fiel soldado de Felipe II, que no podía menos de sentir y pensar como pensaban y sentían todos los españoles del siglo XVI, y piensan aún todos los que no han renegado de su casta <sup>1</sup>.

De esta penuria a que voluntariamente se condenó el poeta por la limitación del

<sup>1</sup> Alúdese aquí a la "edición para uso de los chilenos, con noticias históricas, biográficas y etimológicas puestas por Abraham König (Santiago de Chile, imprenta Cervantes, 1888)". Los treinta y siete cantos han quedado reducidos a treinta y dos, y el editor lo alega como mérito: "Ningún lector chileno se quejará de estas omisiones, que contribuyen a dar unidad e interés a la acción desarrollada en el poema. Eliminando lo que es inconducente, se consigue además otro propósito, que he tenido en vista desde el primer momento: hacer de *La Araucana* un libro *exclusivamente chileno*. Las supresiones enunciadas no amenguan su mérito histórico o literario. La parte útil y bella se ocupa de Chile, lo demás es mediocre y accesorio". (Pág. IX).

El mismo espíritu domina en la corta biografía del poeta, que da el señor König. Como tantos otros, toma al pie de la letra las lamentaciones con que el poema termina:

Que el disfavor cobarde que me tiene  
Arrinconado en la miseria suma...

e infiere de ellas que el poeta había incurrido en el disfavor de Felipe II y que España le dejó morir en el abandono y en la pobreza más abatida.

¡Singular pobreza era la suya, en efecto! De su testamento resulta que en 1594, al tiempo de morir, tenía a su servicio doce personas: un paje, seis criados, un repostero, un mozo de plaza, un lacayo, una dueña y su hija, a los cuales deja cuatrocientos sesenta y dos ducados y dos mil trescientos sesenta reales, sin contar varios donativos en especie. A sus sobrinos deja legados por valor de más de cinco mil ducados, además de rentas vitales. No se sabe a cuánto ascendía el fondo principal de su fortuna, del cual quedó su mujer por heredera universal; pero todavía hay que añadir a él varias mandas piadosas de mucha cuantía, es-

tema escogido, nace también la monotonía de las escenas que describe, bélicas todas, y del mismo género de guerra.

No hay en *La Araucana* ni una Inés de Castro, ni un Magricio, ni un Adamastor, ni una isla de los Amores, que venga a recrear la fantasía con más apacibles paisajes o más dulces afectos. Allí rueda sólo el carro de Marte, con el mismo son duro y estridente, durante treinta y siete larguísimo cantos. La sombra de Tegualda de Glaura, de Fresia, de Guacolda, pasan rapidísimas, y siempre mezcladas al fragor del combate y envueltas en el cálido vapor de la sangre. La naturaleza está descrita alguna vez, sentida casi nunca, salvo en el idilio de la tierra austral y del archipiélago de Chiloé. Las indicaciones topográficas de Ercilla son de una precisión y de un rigor matemáticos, al decir de los historiadores y geógrafos chilenos; pero no son gráficas, ni representan nada a la imaginación <sup>2</sup>.

pecialmente una de diez mil ducados para ayudar a la fundación del convento de Carmelitas descalzas de Ocaña, donde él y su viuda debían recibir cristiana sepultura. Por cierto que el Sr. Ferrer del Río, que fué el primero que publicó estas noticias en la edición académica de *La Araucana* (tomo II, pág. 455 y siguientes), es de los más impertérritos en afirmar que "alguna poderosa enemistad embarazaba los adelantos de Ercilla, y de juro no era otra que la de D. García Hurtado de Mendoza, hijo del Marqués de Cañete". De este modo entienden y aprovechan algunos historiadores los mismos documentos que publican.

<sup>2</sup> La inferioridad de Ercilla en esta parte, no procede, en mi sentir, de que le faltasen condiciones de paisajista, sino de la poca importancia que en su tiempo se daba a lo que luego se llamó "color local". "Nada hace suponer en toda la epopeya de *La Araucana* (dice Alejandro de Humboldt) que el poeta haya observado de cerca la naturaleza. Los volcanes cubiertos de eterna nieve; los valles abrasadores a pesar de las sombras de los bosques; los brazos de mar que avanzan tanto en la tierra, apenas le inspiran nada que forme imagen". (*Cosmos*, trad. de Galusky, París, 1855, tomo II, pág. 68).

Es cierto que falta en las descripciones geográficas de Ercilla la curiosidad analítica, que luego mostraron otros poetas menos genialmente dotados que él. Al cabo, este arte o artificio puede aprenderse. Pero lo que es ingénito y revela una organización poética privilegiada, es el instinto de asociar la naturaleza a la vida humana, no como espectadora muda, sino interviniendo, por decirlo así, en el conflicto épico. Este paralelismo está magistralmente sostenido en las varias descripciones del amanecer y del anochecer que hay en el admirable canto segundo (*La prueba del tronco*):

¿Osaré decir que con todas estas razones de inferioridad, todavía en la narración de Ercilla, lenta, pausada, rica de pormenores expresivos, ingenua, y aún trivial a veces, pero grandiosa por la sencillez misma con que el autor se entrega a los altos y bajos de su argumento, sin pretender alterar sus proporciones ni realizarle con artificios literarios, encuentro una plena objetividad, una evidencia humana, una vena épica abundante y majestuosa, que no descubro en la rápida y brillante ejecución de *Os Lusíadas*, que parecen una fantasía lírica sobre motivos épicos, o más bien una galería de cuadros históricos que van pasando con la misma rapidez que las vistas de un estereoscopio? La lectura del poema de Camöens es tan fácil y amena, como dura y penosa la de *La Araucana*; pero la impresión poética que esta última deja, gana en intensidad lo que pierde en variedad y extensión. No hay poema moderno que

contenga tantos elementos genuinamente homéricos como *La Araucana*, y no por imitación directa, puesto que Ercilla, cuando imita deliberadamente a alguien, es al Ariosto, o a Virgilio, o a Lucano<sup>3</sup>, sino por especial privilegio, debido en parte a la índole candorosa y sincera del poeta, que era él propio de un personaje épico, sin darse cuenta de ello, y vivía dentro de la misma realidad que idealizaba; y en parte a la novedad de las costumbres bárbaras que él describe y que no podían menos de tener intrínseco parentesco con las de las edades heroicas. No sabemos a punto fijo si fué invención de Ercilla la prueba del tronco; pero toda la parte del canto segundo en que esto se describe es tan épica, que parece imposible que haya nacido de la fantasía de un poeta culto. Y como este pasaje hay otros muchos: casi todo lo que se refiere a los araucanos. Ercilla pudo adornarlos, y los adornó, seguramente, con

Ya la rosada Aurora comenzaba  
Las nubes a bordar de mil labores,  
Y a la usada labranza despertaba  
La miserable gente y labradores:  
Ya a los marchitos campos restauraba  
La frescura perdida y sus colores,  
Aclarando aquel valle la luz nueva,  
Cuando Caupolicán viene a la prueba.

Con un desdén y muestra confiada,  
Asiendo del tronco duro y ñudoso,  
Como si fuera vara delicada,  
Se le pone en el hombro poderoso.  
La gente enmudeció, maravillada  
De ver el fuerte cuerpo tan nervoso;  
La color a Lincoya se le muda,  
Poniendo en su vitoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba,  
Y a toda prisa entraba el claro día;  
El sol las largas sombras acortaba,  
Más el nunca decrece en su porfía:  
Al ocazo la luz se retiraba,  
Ni por esto flaqueza en él había:  
Las estrellas se muestran claramente,  
Y no muestra cansancio aquel valiente.

Salió la clara luna a ver la fiesta,  
Del tenebroso albergue húmedo y frío,  
Desocupando el campo y la floresta  
De un negro velo lóbrego y sombrío...

Por entre dos altísimos ejidos  
La esposa de Titón ya parecía,  
Los dorados cabellos esparcidos,  
Que de la fresca helada sacudía,  
Con que a los mustios prados florecidos  
Con el húmedo humor reverdecía,  
Y quedaba engastado así en las flores,  
Cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faetón sale corriendo  
Del mar por el camino acostumbrado:  
Las sombras van los montes recogiendo  
De la vista del sol: y el esforzado  
Varón, el grave peso sosteniendo,  
Acá y allá se mueve no cansado;  
Aunque otra vez la negra sombra espesa  
Tornaba a parecer, corriendo a prisa.

La luna su salida provechosa  
Por un espacio largo dilatada:  
Al fin turbia, encendida y perezosa,  
De rostro y luz escasa se mostraba:  
Paróse al medio curso más hermosa  
Al ver la extraña prueba en que paraba;  
Y viéndola en el punto y ser primero,  
Se derribó en el ártico hemisferio...

Era salido el sol cuando el enorme  
Peso de las espaldas despedía,  
Y un salto dió en lanzándose disforme,  
Mostrando que aún más ánimo tenía...

<sup>3</sup> Del primero nada pudo tomar en cuanto al fondo, puesto que desde el primer verso hizo profesión de contraponer su materia épica a la que el poeta ferrarés había cantado:

No las damas, Amor, no gentileza  
De caballeros canto enamorados,  
Ni las muestras, regalos y ternezas  
De amorosos afectos y cuidados...  
.....  
Le donne, y cavalier, l'arma, gli amori,  
Le cortesie, l'audaci imprese io canto.

dotes y sentimientos morales impropios del grado de civilización que su raza había alcanzado, pero sin los cuales no hubieran servido para la poesía: pudo inventar, e inventó de cierto, si no los nombres de algunos caciques, las cualidades distintivas que les asigna; pero aun en esto procedió con tanta habilidad o con tan buen instinto, y sobre todo con alma tan épica, que lo inventado se confunde en él con lo verdadero, a tal punto que *La Araucana* ha estado pasando por una crónica hasta nuestros tiempos, y hoy mismo que la historia de Chile está tan explorada por la diligencia de sus hijos con ayuda de otros documentos más positivos y prosaicos, es todavía un problema el determinar dónde empieza la ficción y dónde acaba la realidad, sin que el conjunto del libro deje de ser estimado por verídico, aun por los que dudan de aquellas circunstancias que sólo en Ercilla constan.

Más adelante mitigó algo este rigor, a lo menos en teoría (Canto XV):

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?  
 ¿Qué verso sin amor dará contento?  
 ¿Dónde jamás se ha visto rica vena  
 Que no tenga de amor el nacimiento?  
 No se puede llamar materia llena,  
 La que de amor no tiene el fundamento;  
 Los contentos, los gustos, los cuidados,  
 Son, si no son de amor, como pintados.  
 Amor de un juicio rústico y grosero  
 Rompe la dura y áspera corteza;  
 Produce ingenio y gusto verdadero,  
 Y pone cualquier cosa en más fineza.  
 Dante, Ariosto, Petrarca y el ibero (a)  
 Amor los trujo a tanta delgadeza;  
 Que la lengua más rica y más copiosa,  
 Si no trata de amor, es disgustosa.

(a) Probablemente Garcilaso. Pero su temperamento poético era tan diverso del de Ariosto, que sólo han podido encontrarse en pasajeras coincidencias, alguna comparación, algún rasgo descriptivo. Fué, sin embargo, el poeta moderno que más leyó, y el que más pudo servirle para aprender el mecanismo de la octava. Pero le faltaban precisamente las condiciones que en el Ariosto sobresalen: facilidad, ligereza, gracia.

Contra lo que generalmente se cree y afirma, Ercilla imitó mucho más a los poetas latinos que a los italianos, como ha notado perfectamente Ducamin. Es cierto que rechaza la versión virgiliana del episodio de Dido, para sustituirla con otra no menos fabulosa, que no necesitó buscar en Justino ni en la *Crónica general*, puesto que se encuentra en otras muchas partes, especialmente en el capítulo LX de las *Genealogiae deorum* de Bocaccio, que Ercilla parece haber tenido muy presentes, lo

Tres cosas hay, capitales todas, en que Ercilla no cede a ningún otro narrador poético de los tiempos modernos: la creación de caracteres (entendiendo por tales los de los indios<sup>4</sup>, pues sabido es que los españoles no tienen en sus versos fisonomía propia, y el mismo caudillo de la expedición aparece envuelto en una celosa penumbra)<sup>5</sup>; las descripciones de las batallas y encuentros personales, en que probablemente no ha tenido rival después de Homero, las cuales se admiran una tras otras y no son idénticas nunca, a pesar de su extraordinario número<sup>6</sup>; las comparaciones tan felices, tan expresivas, tan variadas y ricas, tomadas con predilección del orden zoológico, como en la epopeya primitiva, que tan hondamente aferradas tenía sus raíces en la madre naturaleza<sup>7</sup>. Las arengas de Ercilla han sido también muy celebradas, pero confieso que, en general, me gustan menos. Si la desesperada fiera de

mismo que el *Trionfo della castità*, del Petrarca. Pero en la descripción de los juegos (canto X), en la de la tempestad (cantos XV y XVI), en el alarde y muestra general del ejército araucano (canto XXI), es imposible dejar de reconocer al joven humanista, versado en la lectura de la *Eneida* y que la imita libre, no servilmente. A quien no sólo imita sino que traduce al pie de la letra (caso raro o más bien único en él), es al cordobés Lucano, y precisamente en un episodio que desde antiguo había entrado en la poesía castellana por docta industria de Juan de Mena, a quien no creo que resulte superior Ercilla en este lugar. La enumeración de las maravillas que tenía en su cueva el mágico Fitón (*Araucana*, canto XXIII), reproduce punto por punto el hórrido inventario de la hechicera de Tesalia (*Phars.*, VI, vers. 642 y siguientes, combinado con algunos versos del libro IX), aunque sin el cuadro de *necromancia*, que le dá fantástico y siniestro complemento en el poeta hispanolatino. Ducamin ha hecho el cotejo, y en su edición puede verse. No encuentro justificada la observación del mismo crítico respecto del posible parentesco entre las heroínas de las tragedias de Séneca y las Tegualdas y Glauras de *La Araucana*, aun reconociendo que abusan de las sentencias sutiles y de las declamaciones oratorias.

<sup>4</sup> Ercilla no olvida en sus descripciones, así colectivas como individuales, el influjo recíproco de lo físico y lo moral, y parece que adivina o presiente algo de lo que hoy llamamos psicología étnica. La pintura del primitivo pueblo araucano, los retratos de los principales caudillos, Tucapel, Lautaro, Rengo, Ormpello y sobre todo Caupolicán, indican esta tendencia, que se conforma muy bien con la índole realista del poeta:

Galvarino, después del horrible suplicio de cortarle las manos, el juvenil ardimiento de Lautaro y la serena magnanimidad de Caupolicán, vencedora de los tormentos y de la muerte, se expresan con enérgicos acentos, confieso que el famoso razonamiento de Colocolo, tan ponderado por Voltaire (que seguramente no había leído otra cosa de *La Araucana*), me ha dejado siempre frío, me parece un trozo de retórica prosaica, y tengo hasta por blasfemia compararle con los discursos del viejo Néstor. Pero mejores o peores, no ha de tenerse por impropiedad de Ercilla el haber puesto tan largas arengas en boca de salvajes. Todos los historiadores convienen en que los habitantes del valle de Arauco eran muy dados a la oratoria, y la cultivaban a su manera, y le daban grande importancia en sus deliberaciones, "usando (dice el P. Olivares) de vivísimas prosopopeyas, hipótesis, reticencias e

interrogaciones retóricas". Ercilla, pues, en esto, fué fiel al color local. No creemos que lo fuese tanto en los afectos de ternura y fidelidad conyugal que presta a las mujeres indias, tipo convencional que él introdujo por primera vez en el arte. Aquí es donde las reminiscencias de sus lecturas clásicas son más evidentes. Guacolda, la amada de Lautaro, habla como Dido en el libro IV de *La Eneida*. Tegualda, buscando en el campo de batalla el cadáver de su esposo, trae en seguida a la memoria el bello episodio de Abradato y Pantea en *La Cyropedia*, de Xenofonte.

Creemos superfluo insistir en la crítica de *La Araucana*, que puede considerarse definitivamente hecha por varios críticos, de autoridad clásica, tales como Quintana, Martínez de la Rosa y D. Andrés Bello. Todos convienen en que el arte de contar (por más que casi siempre se cuenten las mismas cosas) está llevado en *La Arauca-*

Son de gesto robusto, desbarbados,  
Bien formados los cuerpos y crecidos,  
Espaldas grandes, pechos levantados,  
Recios miembros, de nervios bien fornidos;  
Agiles, desenvueltos, atrevidos,  
Duros en el trabajo, y sufridores  
De fríos mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamás que sujetase  
Esta soberbia gente libertada,  
Ni extranjera nación que se jactase  
De haber dado en sus términos pisada;  
Ni comarcana tierra que se osase  
Mover en contra y levantar espada:  
Siempre fué exenta, indómita, temida,  
De leyes libre y de cervis erguida.

(Canto I.)

Era este noble mozo de alto hecho,  
Varón de autoridad, grave y severo,  
Amigo de guardar todo derecho,  
Aspero, riguroso, justiciero;

De cuerpo grande y relevado pecho,  
Hábil, diestro, fortísimo y ligero,  
Sabio, astuto, sagaz, determinado,  
En casos de repente reportado.

(Canto II.)

<sup>6</sup> Quizá se ha exagerado la malquerencia de Ercilla contra D. García. Las líneas con que traza su figura, los sentimientos que le atribuye, nada tienen de antipático, y concuerdan bastante bien con la realidad histórica. Si le pinta arrebatado, violento e irreflexivo a veces, la culpa es en parte de sus pocos años, que no pasaban de veintiuno. *Materialmente* ocupa en el poema el lugar que no podía negarse al general en jefe, cuyo valor era

notorio; pero *moralmente* es cierto que aparece como un personaje secundario, que de ningún modo puede considerarse como el héroe de la epopeya. En esto y no en otra cosa pudo consistir la venganza de Ercilla.

\* Imposible es citar ninguna entera por su mucha extensión, pero algunas octavas bastarán para mostrar el mérito eminente de Ercilla como pintor de batallas, que es su mayor timbre artístico:

Los caballos en esto apercibiendo,  
Firmes y recogidos en las sillas,  
Sueltas las riendas y los pies batiendo,  
Parten contra las bárbaras cuadrillas:  
Las poderosas lanzas requiriendo,  
Afiladas en sangre las cuchillas,  
Llamando en alta voz a Dios del cielo,  
Hacen gemir y retremblar el suelo.

Cargan de fuerte fresno como vigas  
Los bárbaros las picas al momento,  
De la suerte que suelen las espigas  
Derribarse al furor del recio viento:  
No bastaran las armas enemigas  
Al ímpetu español y movimiento;  
Que los nuestros rompieron por un lado,  
Dejando al escuadrón aportillado.

A un tiempo los caballos volteando,  
Lejos las rotas lanzas arrojadas,  
Vuelven al enemigo y fiero bando,  
En alto ya desnudas las espadas:  
Otra vez arremeten, no bastando  
Infinidad de puntas enastadas  
Puestas en contra de la airada gente,  
A que no se mezclasen igualmente...

na a un grado de perfección a que llegan muy pocos libros, ni en verso ni en prosa. Todos aplauden asimismo la diáfana pureza de su estilo, en que apenas se encuentra expresión que en el curso de tres siglos haya envejecido. Y todos lamentan a una de que tan buenas prendas estén afeadas por el desaliño frecuente de la versificación, que en Ercilla es rastrera cuando no es perfecta y por lo desmayado y trivial de muchas locuciones prosaicas a que le arrastraban su facilidad increíble y el mismo desembarazo familiar de su estilo, al cual debió, por otra parte, belleza de orden muy nuevo. Tal como es, si no lleva la palma a todos nuestros poemas del siglo XVI, porque hay otros dos, uno en el género novelesco y otro en el sagrado, que con buenos títulos se la disputan, y en algunos respectos sin duda le aventajan, es *La Araucana* el mejor de nuestros poemas históricos, y fué sin duda la primera obra de

las literaturas modernas en que la historia contemporánea apareció elevada a la dignidad de la epopeya <sup>8</sup>.

Fué, además, como queda dicho, el primer libro en verso sobre cosas de América, puesto que los rudos ensayos que en el Perú se habían hecho antes no llegaron a imprimirse. En cambio, el aplauso con que *La Araucana* fué recibida desde el punto y hora de su aparición, hizo surgir una literatura entera de poemas histórico-ultramarcinos, más notable en verdad por la abundancia que por el valor de sus frutos. Sin contar las imitaciones menos directas como *El Peregrino indiano*, *La Mexicana*, *Las Armas antárticas* y *La Argentina*, tenemos respecto de Chile, nada menos que cinco poemas de grande extensión: la *cuarta y quinta partes de La Araucana*, de D. Diego Santisteban Osorio; el *Arauco domado*, de Pedro de Oña; *Las Guerras de Chile*, de D. Juan de Mendoza; el *Purén*

Antes de rabia y cólera abrasados,  
Con poderosos golpes los martillan,  
Y de muchos con fuerza redoblados  
Los cargados caballos arrodillan;  
Abollan los arneses relevados,  
Abren, desclavan, rompen, deshebillan,  
Ruedan las rotas piezas y celadas,  
Y el aire atruena el son de las espadas...

(Canto IV.)

Según el mar las olas tiende y crece,  
Así crece la fiera gente armada;  
Tiembla en torno la tierra y se estremece,  
De tantos pies batida y golpeada:  
Lleno el aire de estruendo se oscurece  
Con la gran polvareda levantada;  
Que en ancho remolino al cielo sube,  
Cual ciega niebla espesa o parda nube.

(Canto XXI.)

El mismo vigor se observa en las descripciones de tempestades y naufragios:

En esto una gran nube tenebrosa,  
El aire y cielo súbito turbando,  
Con una oscuridad triste y medrosa  
Del sol la luz escasa fué ocupando:  
Salta Aquilón con fuerza procelosa  
Los árboles y plantas inclinando,  
Envuelto en raras gotas de agua gruesas  
Que luego descargara más espesas.

En oscura tiniebla el cielo vuelto  
La furiosa tormenta se esforzaba,  
Agua, piedras y rayos, todo envuelto  
En espesos relámpagos lanzaba:  
El araucano ejército revuelto  
Por acá y por allá se derramaba;  
Crece la tempestad, horrenda tanto,  
Que a los más esforzados puso espanto...

(Canto IV.)

Algún pasaje de exquisita belleza, que sorprende más por lo inesperado, prueba que Ercilla era capaz de describirlo todo, aun los más delicado y menos terrorífico:

Ví una mansa corcilla junto al río,  
Gustando de las yerbas y el rocío.  
Púdelo bien hacer; que en las quebradas  
Era grande el rumor de la corriente,  
Y con pasos y orejas descuidadas  
Pacía tierna yerba libremente;  
Pero cuando sintió ya mis pisadas,  
Y al rumor levantó la altiva frente,  
Dejó el sabroso pasto y arboleda  
Por una estrecha y áspera vereda.

(Canto XXIII.)

<sup>7</sup> Por donde quiera que se abra *La Araucana*, se tropieza con símiles admirablemente expresados. Unos pocos proceden de Virgilio o del Ariosto, o pertenecen al fondo común de la epopeya clásica, pero otros son originales, y todos aparecen remozados por lo pintoresco y preciso del detalle. Los toma con predilección de la caza de montería y de las luchas de animales.

Véanse algunos ejemplos:

Cual suelen escapar de los monteros,  
Dos grandes jabalís, fieros, cerdosos,  
Seguidos de solícitos rastreros  
De la campestre sangre codiciosos;  
Y salen en su alcance los ligeros  
Lebrelles irlandeses generosos:  
Con no menor codicia y pies livianos  
Arrancan tras los miseros cristianos.

(Canto III.)

*indómito*, de Hernado Alvarez de Toledo, y el *Compendio historial*, de Melchor Xufre del Aguila. Algunas de estas obras se limitan a poner en narración versificada esta o aquella parte de la guerra; pero hay una, la más notable de todas, cuyo deliberado propósito fué volver sobre los pasos de Ercilla y vindicar a D. García Hurtado de Mendoza del supuesto agravio que Ercilla le había inferido no haciéndole héroe de su poema, como parece que cumplía a su condición de caudillo de aquella guerra, y a los méritos indudables de su gobernación. Ercilla había castigado, no con justicia, sino con cierta especie de preterición desdeñosa, al violento y arrebatado mozo que, por el lance de la Imperial, había querido llevarle al patíbulo juntamente con su contrario D. Juan de Pineda<sup>9</sup>. Pero no habían de faltar a tan poderoso magnate como D. García celosos panegiristas de sus hechos, que en prosa y en ver-

so volviesen por su crédito y quemasen en sus aras todos los perfumes de la lisonja. El mismo tampoco se descuidaba de buscar y alentar a los ingenios que en tal faena quisieran emplearse, temeroso y con razón de que la voz de tan gran poeta como Ercilla llegase, con alguna mengua de su crédito de gobernador, a la posteridad más remota, por aquel formidable privilegio que poetas poseen de decretar la inmortalidad o el desdoro a los personajes que suenan en su canto<sup>10</sup>. Así nacieron historias panegíricas como la muy elegante y artificiosa del doctor Cristóbal Suárez de Figueroa. *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete*<sup>11</sup>. Así obras dramáticas, todavía más aptas para hacer popular una versión contraria a la de Ercilla; y se escribieron sucesivamente: el *Arauco Domado*, de Lope de Vega; la comedia de nueve ingenios que lleva por título *Algunas hazañas de las*

Como el aliento y fuerzas van faltando  
A dos valientes toros animosos,  
Cuando en la fiera lucha porfiando  
Se muestran igualmente poderosos;  
Que se van poco a poco retirando  
Rostro a rostro con pasos perezosos,  
Cubiertos de un humoso espeso aliento,  
Y esparcen con los pies la arena al viento.

(Canto IV.)

Cual banda de cornejas espaciadas  
Que por el aire claro el vuelo tienden,  
Que de la compañera condolidas  
Por los chirridos la prisión entienden;  
Las batidoras alas recogidas,  
A darle ayuda en círculo descienden:  
El bárbaro escuadrón de esta manera  
Al rumor endereza la carrera.

(Canto VI.)

Como el que sueña que en el ancho coso  
Siente al furioso toro avvicinarse,  
Que piensa atribulado y temeroso  
Huyendo de aquel ímpetu salvarse,  
Y se aflige y congoja presuroso  
Por correr y no puede menearse:  
Así estos a gran priesa a los caballos,  
No pueden, aunque quieren, aguijallos.

(Canto VI.)

Como para el invierno se previenen  
Las guardosas hormigas avisadas,  
Que a la abundante troje van y vienen,  
Y andan en acarretos ocupadas,  
No se impiden, estorban ni detienen,  
Dan las vacías paso a las cargadas:  
Así los Araucanos codiciosos  
Entran, salen y vuelven presurosos.

(Canto VII.)

De la suerte que el tigre cauteloso,  
Viendo venir lozano al suelto pardo,  
El cuello bajo, lerdo y perezoso,  
Con ronco son se mueve a paso tardo;  
Y en un instante, súbito y furioso,  
Salta sobre él con ímpetu gallardo,  
Y echándole la garra, así le aprieta,  
Que le oprime, le rinde y le sujeta...

(Canto X.)

Como parten la carne en los tajones  
Con los corvos cuchillos carniceros,  
Y cual de fuerte hierro los planchones  
Baten en dura yunque los herreros,  
Así es la diferencia de los sones  
Que forman con sus golpes los guerreros,  
Quien la carne y los huesos quebrantando,  
Quien templados arneses abollando.

(Canto XIV.)

Como la osa valiente perseguida,  
Cuando la van monteros dando caza,  
Que con rabia sintiéndose herida  
Los ñudosos venablos despedaza,  
Y furiosa, impaciente, embravecida,  
La senda y callejón desembaraza,  
Que los heridos perros lastimados  
La dan ancho lugar escarmentados.

(Canto XIV.)

Por la falda del monte levantada  
Iban los fieros bárbaros saliendo;  
Rengo bruto, sangriento y enlodado  
Los lleva en retaguardia recogiendo:  
Como el celoso toro madrigado  
Que la tarda vacada va siguiendo,  
Volviendo acá y allá espaciosamente  
El duro cerviguillo y la alta frente.

(Canto XXII.)

muchas de D. García Hurtado de Mendoza; *El Gobernador prudente*, de Gaspar de Avila; *Los españoles en Chile*, de Francisco González de Bustos; sin contar con *La Beligera española*, de Ricardo del Turia, que celebra el heroísmo de D.<sup>3</sup> Mencía de Nidos en el asalto del fuerte de Concepción.

Pero la obra capital, el ensayo épico que los familiares y aduladores de D. García quisieron oponer a *La Araucana*, fué el poema del joven chileno Pedro de Oña, *Arauco domado*, que si no correspondió plenamente a las esperanzas que en él habían fundado, no deja de ser muy digno de consideración, así por las bellezas que contiene, como por ser el más antiguo monumento poético de autor de aquella región, y uno de los más vetustos de la poesía castellana en toda América.

Nació este patriarca de la literatura chilena en la llamada ciudad de los Infantes de Engol, que apenas pasaba de ser un

Acaso se dirá que el procedimiento es monótono. Pero como en el poema las comparaciones no están acumuladas, sino repartidas a convenientes distancias, cada una de ellas hace el efecto de un bajo relieve o de un repujado. *La Araucana* es un libro de segundo orden por su viciosa construcción, por su falta de amenidad y otros graves defectos, pero lo que pierde en el conjunto lo gana en los pormenores, como puede decirse también de Bernardo de Balbuena y de los demás épicos nuestros, con la sola excepción acaso del P. Hojeda, que compuso mejor por la índole de su argumento, que le obligaba a proceder con más cuidado y reverencia.

<sup>8</sup> Creemos de todo punto superfluo dar aquí noticia de las numerosas ediciones de *La Araucana*, trabajo realizado ya con esmero por D. José T. Medina, en su *Biblioteca Americana*. (Santiago de Chile, 1888). Las tres partes de que el poema consta, fueron apareciendo sucesivamente en Madrid, en casa de Pierres Cosin y de Pedro Madrigal 1569, 1578 y 1589. De este mismo año es la primera edición en que las tres partes se imprimieron juntas. Entre las posteriores, merecen especial recuerdo la de Madrid, 1597, en casa del licenciado Castro, con algunas enmiendas que se atribuyen al autor mismo: la de 1733, por Francisco Martínez Abad, en folio, única que contiene la cuarta y quinta partes de Santisteban Osorio; la de Sancha, 1776, que es de las más elegantes; la de 1828, por D. Miguel de Burgos, de más modesta forma, pero que en corrección tipográfica la vence: la de Gaspar y Roig, 1854, que tiene el mérito singular de haber reproducido las variantes de las dos primeras y rarisimas de 1569 y 1578, buen ejemplo que no siguió D. Antonio Ferrer del Río en la edición de la Academia Española, de 1866, que debía haber sido la mejor de todas, y resultó una de las más endeables, hasta por el de-

puesto avanzado sobre la línea araucana, con pocos soldados de guarnición, uno de ellos el capitán Gregorio de Oña, natural de Burgos, padre de nuestro poeta <sup>12</sup>. Huérfano éste en edad muy temprana, a consecuencia de haber sucumbido el capitán Oña, hecho piezas, en uno de los laneces de aquella continua y ferocísima guerra de frontera, pasó en época ignorada a Lima, donde en 1590 le hallamos de colegial de San Felipe y San Marcos. Al publicar el *Arauco domado*, en 1596, se titulaba Licenciado. Las pocas noticias que tenemos de él durante aquellos años, nos lo presentan muy activamente mezclado al movimiento literario de la metrópoli del Perú. Sostuvo en varios sonetos una controversia literaria, más desvergozada que chistosa, con un poeta llamado Sampayo <sup>13</sup>, sobre si podía o no podía beber del agua del Parnaso. En el libro de las *Constituciones y ordenanzas de la Real Universi-*

fecto inexcusable de haber omitido todos los preliminares de las antiguas (*cjusdem fur furis* es la de D. Cayetano Rosell, en el tomo I de *Poemas Epicos*, de la Colección Rivadeneira, 1851); y, finalmente, la de Santiago de Chile, 1888, por Abraham Köning, muy bien anotada y útil para estudio, pero con el grave inconveniente de presentar un texto mutilado de cuanto expresamente no se refiere a la guerra de Arauco.

Hay dos traducciones francesas de *La Araucana*: la de Gilbert de Merliac, *L'Araucana, poëme heroï-comique traduit pour la première fois et abrégé du texte espagnol*, 1824, y la de Alejandro Nicolás, *Traduction de L'Araucana*, Paris, Delagrave, 1869, dos volúmenes. C. M. Winterling puso nuestro poema en octavas alemanas, *Die Araucana aus dem Spanischen des Alonso de Ercilla zum ersten Mal übersetzt* (Nüremberg, 1831).

La biografía de Ercilla, que tiene épocas muy oscuras, puede decirse que está por escribirse aún. *El Elogio* del licenciado Nosquera de Figueroa, compuesto en 1585, que suele acompañar a las ediciones antiguas, es una declamación retórica que nada enseña. En los manuscritos genealógicos del cronista Esteban de Garibay se consignan algunas especies interesantes. Ferrer del Río, en el prólogo e ilustraciones de la edición académica, reduce a compendio erudito pero indigesto embrion, que con el título de *Vida de Don Alonso de Ercilla*, dejó entre sus borradores D. José de Vargas Ponce a su fallecimiento, ocurrido en 1821. Este trabajo, que todavía merece leerse, y en que no faltan algunas genialidades propias de la índole chancera y festiva de su autor, ha sido impreso muy tardíamente en las *Mémoires de la Real Academia Española*, tomo VIII, Madrid, 1902, págs. 1-135. Ferrer del Río había dado a conocer algunos documentos de Simancas ignorados por su predecesor: cuatro cartas de Ercilla a D. Diego Sarmiento

dad de San Marcos (1602), hizo estampar un soneto en loor de dicha *florentísima Universidad*, "dedicado al evangelista San Marcos". A nombre de la *Artártica Academia* de la ciudad de Lima, que, a mi entender, no era una academia poética propiamente dicha, sino la Universidad misma, enlazó en 1609 con otro soneto, la *Primera parte del Parnaso Antártico* de obras amoratorias, del sevillano Diego Mexía. Otros libros peruanos de aquel tiempo, entre ellos la *Miscelánea austral* y la *Defensa de damas*, de D. Diego de Avalos y Figueroa, se autorizan con versos suyos. Y él a su vez obtiene cumplido elogio en los tercetos de la poetisa anónima, discípula de Diego Mexía:

"Con reverencia nombra mi discante  
Al licenciado Pedro d'Oña: d'España,  
Pues lo conoce, templos le levante.  
Espíritu gentil, doma la saña  
D'Arauco (pues con hierro no es posible)  
Con la dulzura de tu verso extraña".

de Acuña, conde de Gondomar, y extractos del testamento del poeta. En el *Boletín de la Real Academia de La Historia*, tomo XXXI, 1897, págs. 65-220, se ha publicado la *Información que Su Majestad mandó hacer de la limpieza del linaje de D. Alonso de Ercilla, año 1571*. En el tomo XII de la misma colección, 1888, pág. 447, está la partida de bautismo del poeta, y en el XXVIII, 1857, págs. 5-27, su testamento íntegro. Pero todo ello es una gota de agua, comparado con la gran colección de datos y documentos sobre Ercilla que dejó reunida nuestro difunto amigo D. Cristóbal Pérez Pastor, sin igual entre nuestros investigadores literarios por el número y calidad de sus hallazgos. Suponemos que la Academia Española, en donde se conserva este riquísimo material, le hará en breve del dominio público.

Los juicios de *La Araucana*, desde que Voltaire formuló en el *Essai sur la poésie épique*, que acompaña a su *Henriade*, son innumerables; pero los que principalmente merecen leerse son el de Martínez de la Rosa, en su *Apéndice sobre la poesía épica española* (tomo II de sus *Obras literarias*, París, 1827); el de Quintana, en el magnífico *Discurso preliminar de su Musa épica* (1833); el de Bello, en sus *Opúsculos Literarios y críticos* (tomo I), el de Alejandro Nicolás, en su traducción francesa de *L'Araucana*, y el de A. Roger, *Etude littéraire sur L'Araucana d'Ercilla*, Dijon, 1879.

Finalmente debe mencionarse, porque está hecha con crítica y conciencia, y puede ser útil, no sólo a los estudiantes, sino a los maestros, la edición abreviada que forma parte de los textos clásicos de la casa Garnier: *L'Araucana, poème épique par D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, Morceaux choisis précédés d'une étude biographique, bibliographique et littéraire, suivis de notes grammaticales et de versification et de deux lexiques*, par J. Ducamin (París, 1900).

Salió el *Arauco domado* de las prensas de Lima en 1596 con título de *Primera parte*, aunque nunca llegó a publicarse la segunda, ni tampoco otro poema, o quizá novela, cuyo asunto habían de ser los *venturosos lance*s de D. García de Mendoza en la corte <sup>14</sup>.

El *Arauco domado* es una adulación tan continua y fastidiosa al Marqués de Cañete y a su familia, que el autor mismo tuvo escrúpulo de divulgar el poema hasta que su héroe hubiese dejado el virreinato del Perú y vuelto a España. "*Porque el publicar sus loores en presencia suya no engendrarse (a lo menos en dañados pechos y de poca consideración) algún género de sospechas*" <sup>15</sup>. Fué, sin duda, trabajo de encargo, ejecutado a toda prisa, "*con apremio y tarea de veinte octavas al día*" <sup>16</sup>, según afirma un contemporáneo, e indirectamente confiesa el mismo Oña en el canto VIII:

\* Sobre este curioso episodio de la vida de Ercilla, hay dos relaciones principales que en algunos pormenores difieren, aunque convengan en lo sustancial. Una es la del capitán Alonso de Góngora Marmolejo, en el capítulo 29 de su *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile desde 1536 hasta 1575 (Memorial histórico español*, tomo IV, 1852, págs. 134-135); y otra, la de Fr. Antonio de la Calancha, en su *Crónica moralizada de la Orden de San Agustín*, donde figura la biografía del antagonista de Ercilla, D. Juan de Pineda, por haber tomado el hábito de aquella Orden en Lima, desengañado de las vanidades del mundo.

<sup>10</sup> El mismo Pedro de Oña declara, en un curiosísimo proceso que citaremos después, que los sucesos que contaba en su poema los sabía por "relación vocal que el dicho Marqués de Cañete le hizo a este que declara".

<sup>11</sup> *Hechos de Don García Hurtado de Mendoza, Quarto Marqués de Cañete, A Don Francisco de Rojas y Sandoval, Duque de Lerma, Marqués de Denia E., Por el Doctor Christóval Suárez de Figueroa. En Madrid. En la Imprenta Real, año MDCIII.*

Ha sido reimpresso por el Sr. Barros Arana en el tomo V de la *Colección de Historiadores de Chile*, Santiago de Chile, 1865.

<sup>12</sup> No ha de confundirse al autor del *Arauco domado*, como alguna vez se ha hecho, con otros escritores de su mismo nombre y apellido, coetáneos suyos, tales como el filósofo aristotélico y elocuente orador sagrado Fr. Pedro de Oña, autor, entre otros libros, del que se titula *Primera parte de las Postrimerías del hombre* (1603), y de un *Curso de Artes*.

<sup>13</sup> Estos sonetos de Pedro de Oña, que son cinco, con otras tantas respuestas de Sampayo, fueron comunicados por D. José Sancho Rayón a don

"Es el discurso largo, el tiempo breve,  
Cortísimo el caudal de parte mía,  
Y danne tanta prisa cada día,  
Que no me dejen ir como se debe".

La *priesa* que le daban debía de ser tanta, y la facilidad del versificador tan maravillosa, que en tres meses había hilvanado ocho cantos, de los diez y nueve que comprende la obra total, cuyos versos pasan de diez y seis mil.

El *Arauco* es, pues, una improvisación de estudiante, y no sería equitativo juzgarla de otro modo. El autor no tuvo nunca la loca pretensión de competir con Ercilla; al contrario, se presenta con la más simpática modestia:

"¿Quién a cantar de Arauco se atreviera  
Después de la riquísima *Araucana*?  
¿Qué voz latina, hespérica o toscana,  
Por mucho que de música supiera?"

Sólo le dolía que en cánticos tan raros faltase tan *subido contrapunto* como el de las proezas de D. García. Por eso se determinó a escribir la misma materia que Ercilla, "*preciándose mucho de ir al olor de su rastro*".

Diego Barros Arana, y pueden verse en el tomo III (páginas 26-30) de la *Historia colonial de la literatura de Chile*, de D. José T. Medina (Santiago de Chile, 1878), obra de grande erudición, que nos ha sido muy útil para nuestro trabajo. Sabemos que su autor piensa adicionarla con nuevos y peregrinos datos. Así en esta obra como en el *Bosquejo histórico de la poesía chilena*, de D. Adolfo Valderrama (Santiago de Chile, 1866), se hallan sobre los poetas de la época colonial extensas noticias biográficas, que no pueden tener cabida en un estudio rápido como el presente.

" Cuando mejor le sepa dar el corte  
Y si la Parca no me corta el hilo,  
Yo cortaré, señor, con otro filo  
*Tus venturosos lances en la corte;*  
Mas has de permitirme que los corte  
*En traje pastoril*, mi propio estilo;  
Que en éste ni será el de corte sano  
Ni bastará tampoco el cortesano,

(Canto III.)

Puede inferirse que sería una novela de clase, como la mayor parte de las pastoriles, y muy señaladamente *La Constante Amarilis*, del Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa (1609), cuyo argumento, muy ligeramente disfrazado, son los amores y matrimonio de D. Juan Andrés Hurtado de Mendoza, hijo de D. García, con Doña María de Cárdenas, hija de los duques de Maqueda y Nájera,

Con efecto, el *Arauco domado* no es una continuación, sino una nueva versión de la materia histórica contenida en algunos cantos de la segunda parte de *La Araucana*. Pero como Pedro de Oña se limita a las empresas en que intervino personalmente D. García, toma el hilo de su relato en el canto XII de Ercilla, cuando el Marqués de Cañete nombra a su hijo Gobernador de Chile, y ni siquiera le prosigue hasta el suplicio de Caupolicán y la transitoria sumisión del valle (única cosa que justificaría el título de *domado*), sino que apenas refiere otros lances de aquella guerra que el asalto de la fortaleza de Penco y la batalla de Bío-Bío. Todo lo demás, o son puras ficciones poéticas, como los amores de Caupolicán y Fresia, de Tupapel y Gualava, o hechos del virreynato de D. García en el Perú, muy posteriores a su juvenil gobierno en Chile. Así los tumultos de Quito y la derrota del corsario inglés Sir Richard Hawkins (Aquines) en el mar Pacífico. Para dar cabida en su poema a estos dos larguísimo episodios (de los cuales el primero es sobre toda ponderación prosaico e intolerable) recurre el poeta al arbitrio, tan cómodo como ab-

según ha demostrado el profesor norteamericano J. P. Wickersham Crawford en una tesis excelente: *The life and works of Christóbal Suárez de Figueroa. A dissertation presented to the Faculty of the University of Pennsylvania*. Philadelphia, 1907, págs. 30-42.

<sup>14</sup> Esta tardanza en la publicación le causó un grave perjuicio. El virrey trajo a España sesenta cuerpos de libros o ejemplares del *Arauco*, pero sus émulos y los del poeta se dieron maña para embargar el resto de la tirada, a consecuencia de auto de procesamiento que dictó contra Oña el Dr. Muñiz, deán de la Catedral de Lima y provisor del Arzobispado, en 3 de mayo de 1596, so pretexto de que no había solicitado, ni menos obtenido, su licencia para publicar el libro, y de que éste se hallaba plagado de aserciones contrarias a la verdad de los hechos y denigrativas del honor y fidelidad de muchos de los súbditos del rey que en aquellas provincias residían. Este proceso se halla íntegro en la *Biblioteca hispano-chilena*, de Medina, tomo I, págs. 42-79. Cuando, en 1605, apareció en Madrid la segunda edición del *Arauco domado*, se formó nuevo proceso, pidiendo el fiscal que se castigase, con todo el rigor de la ley, al impresor Juan de la Cuesta y al librero Francisco López.

<sup>15</sup> Así lo dice un oidor de Santiago, que en 1647 aprobó el libro de las *Guerras de Chile*, del Maestre de Campo Santiago de Tesillo.

surdo, de poner la narración en boca de una india, arrebatada de espíritu profético. Oña copiaba servilmente a Ercilla hasta en lo que Ercilla tiene de menos recomendable: las apariciones de Belona y los prestigios del mágico Fitón.

No se crea por eso que la obra del imitador sea despreciable, ni que le faltasen condiciones propias para brillar con honra entre los poetas de segundo orden. Al contrario, creemos que el excesivo prurito de la imitación amenguó sus bríos e impidió que lozanease más su estro propio, que era muy diverso del de Ercilla. Hay en el *Arauco domado* mucho desembarazo y juvenil frescura, gran desenfado narrativo, facilidad abandonada y algo pueril que delata los pocos años del autor, lozanía intemperante que se acomoda mejor con lo ameno y florido que con lo heroico. A ratos parece que el poeta no toma su asunto en serio; siembra la narración de rasgos realistas y aún cómicos; usa generalmente un tono familiar, divertido y como de broma; se dilata con complacencia en escenas voluptuosas, tales como el baño de Caupolicán y Fresia, y revela de mil modos en su poema la muelle y enervadora influencia del clima limeño, bajo el cual escribía. Comparado con Ercilla, carece de todo vigor en las descripciones de batallas; sus caracteres adolecen de suma indecisión y palidez, lo mismo en las figuras de indios que en las de españoles, a pesar de los esfuerzos que hace para enaltecer a D. García, llegando al extremo de pintarle como un jayán o valentón temerario, que lidia a cada paso cuerpo a cuerpo con los enemigos, y descarga en ellos furibundos golpes; y al todavía más ridículo de ponderar varias veces su belleza física y los estragos que con ella debía causar en los corazones femeniles y aun en los de las mismas diosas inmortales. Siempre que Oña se encuentra con su predecesor en algún episodio como el del rescate de la lanza de Martín de Elvira o el de las manos cortadas de Galvarino, es patente su inferioridad. Pero en cambio tiene condiciones propias muy dignas de alabanza; nobleza y naturalidad en la expresión de los afectos amorosos (léanse, por ejemplo, las quejas de Gualeva a Tucapel), y mucho brio de imaginación en los fantásticos paisajes en que coloca las escenas, ya bucólicas, ya guerreras de sus cantos. Porque es de no-

tar que en este poema, enteramente americano por su asunto, y escrito, además, por autor que en su vida había salido de América y no podía conocer, por consiguiente, otra naturaleza que la del Nuevo Mundo, esta naturaleza tan nueva y tan grandiosa brilla por su ausencia, y está sustituida por bosquecillos cortados a tijera, por reminiscencias de los jardines de Armida y de Alcina y de las orillas del Tajo descritas por Garcilaso; por una vegetación absurda o convencional, propia, a los sumo, del Mediodía de Italia o de España, y que nunca pudieron contemplar los ojos de Pedro de Oña en las florestas de su nativo Chile. Las descripciones campestres que hace son muy lozanas y recrean agradablemente la vista y el oído; pero están tomadas de los libros y no de la naturaleza <sup>17</sup>.

Algunos nombres indígenas de plantas, algunos chilenismos o peruanismos de dicción, algún fugitivo rasguño de costumbre de los salvajes, no bastan para compensar esta falsedad continua, doblemente extra-

<sup>17</sup> En todo tiempo, el rico y fértil prado  
Está de hierba y flores guarnecido,  
Las cuales muestran siempre su vestido  
De trémulos aljófares bordado:  
Aquí veréis la rosa de encarnado,  
Allí el clavel de púrpura teñido,  
Los turquesados lirios, las violas,  
Jazmines, azucenas, amapolas.

Acá y allá, con sopro fresco y blando,  
Los dos Favonio y Céforo las vuelven,  
Y ellas, en pago desto, los envuelven  
Del suave olor que están de sí lanzando;  
Entre ellas las abejas susurrando,  
Que el dulce pasto en rubia miel resuelven,  
Ya de jacinto, ya de croco y clicie,  
Se llevan el cohollo y superficie.

Revuélvese el arroyo sinuoso,  
Hecho de puro vidrio una cadena,  
Por la floresta plácida y amena,  
Bajando desde el monte pedregoso;  
Y con murmurio grato, sonoro,  
Despacha al hondo mar la rica vena,  
Cruzándola, y haciendo en varios modos,  
Descansos, paradillas y recodos.

Vense por ambas márgenes poblados  
El mirto, el salce, el álamo, el aliso,  
El sauce, el fresno, el nardo, el cipariso,  
Los pinos y los cedros encumbrados,  
Con otros frescos árboles copados,  
Traspuestos del primero paraíso,  
Por cuya hoja el viento, en puntos graves,  
El bajo lleva al tiple de las aves.

ña en quien se preciaba de haber vivido entre los araucanos y conocer su *frasis, lengua y modo*. El idilio de Caupolicán y Fresia en el canto V, que es, sin duda, lo mejor de la obra, quizá lo único enteramente bueno, es bello en sí mismo, y parecería muy bien en una égloga o en un poema mitológico; pero, ¿quién si se detiene un poco a considerar la descripción del supuesto valle de Elicura, en que Caupolicán y su amada sesteaban, no ha de pasmarse de verle plantado de álamos, fresnos y cipreses; cubierto de jazmines, azucenas, lirios, claveles; engalanado por vides trepadoras; poblado de gamos, jabalíes y venados, mientras el blanco cisne pasea por la ribera y suena el zumbido de las abejas; siendo, como es notorio, que ninguno de estos árboles, flores y animales existían en los valles de Arauco, ni existen todavía los más de ellos? Y en cambio, el rey de aquellas selvas, la *araucaria* gigante, nada dice al poeta nacido a su sombra. Quizá no pueda presentarse otro ejemplo igual de la tiranía ejercida por los libros,

También se ve la hiedra enamorada,  
Que con su verde brazo retorcido  
Ciñe lasciva el tronco mal pulido  
De la derecha haya levantada;  
Y en conyugal amor se ve abrazada  
La vida alegre al olmo envejecido,  
Por quien sus tiernos pámpanos prohija,  
Con que lo enlaza, tapa y ensortija.

En corros andan juntas y escondidas,  
Las Driadas, Oréades, Napeas,  
Y otras ignotas mil silvestres deas,  
De sátiros y faunos perseguidos;  
En álamos Lampecies convertidas,  
Y en verdes lauros vírgenes Peneas,  
Que son, por conocerse tan hermosas,  
Selváticas, esquivas, desdeñosas...

Entre la verde juncia, en la ribera,  
Veréis al blanco cisne paseando,  
Y alguna vez, en dulce voz mostrando,  
Haberse ya llegado la postrera:  
Sublimes por el agua, el cuerpo fuera,  
Veréis a los patillos ir nadando,  
Y cuando se os esconden y escabullen,  
¡Qué lejos los veréis de do zambullen!

Pues por el bosque espeso y enredado  
Ya sale el jabalí cerdoso y fiero,  
Ya pasa el gamo tímido y ligero,  
Ya corren la corcilla y el venado,  
Ya se atraviesa el tigre variado.  
Ya penden sobre algún despeñadero  
Las saltadoras cabras montesinas  
Con otras agradables salvajinas.

y de la general ausencia del sentimiento de la naturaleza hasta tiempos muy recientes.

Del mismo origen nacen, denunciando la poca edad y los estudios nada maduros del autor, el continuo e intolerable uso de la mitología antigua en boca de Indios; la procesión de sátiros, tritones, sirenas, nereidas y hamadriadas con que puebla el mar Pacífico y los valles de Chile; la abundancia de latinismos y neologismos pedantescos, y finalmente, el empleo de una máquina absurda que hace revolverse todo el infierno en consulta general contra D. García, saliendo, por fin, Megera a lanzar sus víboras en el seno de Caupolicán cuando se solazaba en su deleitoso baño. Hay, entre otras cosas, una escena de conjuros en que un hechicero indígena llamado Pillalonco, habla del humoso *Flegetón* y del *Estigio lago*, e invoca a Hecate y a Ixión, y a Tántalo y Ticio y a Demogorgón y al Cancerbero, con todo el aparato y prosopopeya de un profesor de humanidades. Hay una aparición de la sombra de Lautaro a Talgueno, que repro-

La fuente, que con saltos mal medidos,  
Por la frisada, tosca y dura peña  
En fugitivo golpe se despeña,  
Llevándose de paso los oídos;  
En medio de los árboles floridos  
Y crespos de la hojosa y verde greña,  
Enfrente el curso oblicuo y espumoso,  
Haciéndose un estanque deleitoso.

Por su cristal bruñido y transparente  
Las guijas y pizarras de la arena,  
Sin recibir la vista mucha pena,  
Se pueden numerar distintamente;  
Los árboles se ven tan claramente  
En la materia líquida y serena,  
Que no sabréis cuál es la rama viva,  
Si la que está debajo o la de arriba.

Titán al tramontarse, lo saluda,  
Formando sus arenas de oro fino,  
Y para descansar de su camino  
No tiene otro lugar a donde acuda;  
La verde hierba nace tan menuda  
Orillas del estero cristalino,  
Y toda por igual por dondequiera,  
Como si la cortaran con tijera.

Aquí ninguna especie de ganado  
Fué digna de estampar su ruda huella,  
Ni se podrá alabar de que con ella,  
Dejase su esplendor contaminado:  
Tan solamente el Niño Dios alado  
En esta parte vive y goza della,  
Y esparce tiernamente por las flores  
Alegres y dulcísimos amores.

duce punto por punto la de Héctor a Eneas en el libro II del poema de Virgilio.

Si a este aparato de erudición escolar tan malamente aplicada, se unen los defectos de ejecución menuda y algo pueril, que derrama unas veces el color como a tientas, y otras se eterniza en accesorios infecundos, sin lograr casi nunca componer un cuadro, se tendrá idea de los defectos, en verdad no leves, del *Arauco domado* que, además, bajo el aspecto histórico vale poco, y nada de substancia añade a lo que consta por otros documentos. Pero aunque distemos mucho de considerar al licenciado Pedro de Oña como digno rival de D. Alonso de Ercilla, y encontremos excesivos los elogios que Gutiérrez, Rosell y Valderrama han tributado a este primogénito de la musa chilena, todavía andamos más lejos de asentir a la opinión de Ferrer del Río, el cual en sus ilustraciones a la edición académica de *La Araucana*, llega a decir que "ni por casualidad brota un destello de poesía de la vulgar pluma de Pedro de Oña". Pedro de Oña tendría todos los defectos de gusto y de educación que se quiera, y su libro es sin duda imperfectísimo; pero lo que sobra en él son destellos de talento poético.

Del episodio erótico de Caupolicán y Fresia ya se ha hablado. La enumeración de los capitanes en el canto IX parece haber servido de modelo a la que hay en *Las Naves de Cortés*, de Moratín el padre, y la recuerda sin gran desventaja. Son muy dulces y tiernas las quejas de Gualava.

"Haciendo que despierte a su gemido  
La ya dormida tórtola en el nido".

En las comparaciones tiene a veces novedad e instinto gráfico, y suele tomarlas de objetos no comunes, verbigracia:

"Cual águila caudal que desde el cielo  
En viendo al ballenato dar en tierra,  
Prestísima con él en punta cierra,  
Dejando roto el aire con su vuelo,  
Y dando con las alas por el suelo  
Encima dél se arroja y dél se afierra,  
Tal sobre el cuerpo echado en sangre roja  
La bárbara frenética se arroja".

O cuando dice de D. García, impaciente antes de su primera batalla:

"Está como el azor empihuclado  
Antes de haberle puesto el capirote,  
Que si pasar un ave se le antoja,  
Mil veces de la alcándora se arroja".

Y aun en los lugares comunes y más trillados del género, procede con cierta franqueza de estilo propio:

"Cual suele andar la vaca si ha perdido  
El tierno becerrillo, prenda cara,  
Que ya sin orden corre, ya se para,  
Llamándole con hórrido bramido,  
Ya sobre alguna loma del ejido,  
Si alguna cosa ve, con ella encara,  
Alzando la cerviz y armada frente  
Con un feroz denuedo y continente".

Tuvo, pues, razón uno de los aprobantes del libro en decir que su autor "muestra una natural facilidad, un caudal propio y un no imitado artificio con que descubre muchas lumbres de natural poesía". Dejó correr su vena sin tiento ni arte, y muchas veces se despeña en la prosa más vil; pero tenía rarísimas condiciones de versificador, tanto, que llegó a inventar una nueva correspondencia de rimas, un nuevo tipo de octava, menos solemne y más graciosa y ligera que la antigua, rimando el primer verso con el cuarto y el quinto, y el segundo con el tercero y el sexto, combinación simétrica y agradable que ha tenido menos fortuna de la que merecía, puesto que supera por todos los conceptos a la falsa octava de finales agudos llamada en América *bermudina*, y se presta con facilidad y donosura al tono de la narración festiva, pudiendo sustituir con ventaja a la sexta rima italiana. El desacierto de Oña estuvo en emplearla en un poema que él quería hacer pasar por heroico <sup>18</sup>.

<sup>18</sup> Primera parte de *Arauco domado*, compuesta por el licenciado Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol, en Chile, collegial del Real Colegio mayor de Sant Felipe y San Marcos, fundado en la ciudad de Lima. Dirigido a Don Hurtado de Mendoza, Primogénito de Don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Señor de las Villas de Argette y su partido, Visorrey de los Reynos del Perú, Tierra Firme y Chile... Hijo, nieto y biznieto de Virreyes. Con privilegio, impreso en la ciudad de los Reyes por Antonio Ricardo, de Turin, primero impresor en estos Reynos. Año de 1596, 4.º, 352 hojas, con el retrato del autor grabado en madera.

Aprobaciones del P. M. Esteban de Avila, y del Licenciado D. Juan de Villela. Versos lauda-

No correspondieron las restantes obras del primer poeta chileno a las esperanzas que había hecho concebir este juvenil ensayo suyo<sup>19</sup>. O porque su ingenio, como el de otros criollos, se agotase antes de la madurez como en compensación de su precocidad; o más bien, según creo, porque el contagio del mal gusto heló las flores de su fantasía, es lo cierto, que *El Ignacio de Cantabria*, poema publicado en Sevilla en 1636, ni parece hermano del primero, ni apenas puede leerse sin un soberano esfuerzo de paciencia. Los traductores de Ticknor le reconocen el mérito de algunas octavas fáciles; yo ni aun esto encuentro en aquellas páginas que parece que destilan jugo de adormideras. Y sin embargo, este esfuerzo infeliz, más de su devoción que de su talento, había costado al autor quince años de trabajo, que no pudieron ser más santa, pero menos literariamente ocupados. El libro, no obstante debió de tener aceptación entre las gentes piadosas; la

torios del Licenciado Gaspar de Villarreal y Coruña; del P. M. Esteban de Avila; del Dr. Francisco de Figueroa, del Fr. Diego de Ojeda, del Dr. Suigo de Hornero, de D. Pedro de Córdoba Guzmán, Dr. Jerónimo López Guarnido, D. Pedro Luis de Cabrera y Cristóbal de Arriaga Alarcón. La canción del Dr. Francisco de Figueroa está escrita con entonación muy valiente y robusta.

Esta primera edición es de estupenda rareza. Nuestra Biblioteca Nacional posee un ejemplar.

*Arauco domado*, compuesta por el Licenciado Pedro de Oña, natural de los infantés de Engol, en Chile. En Madrid, por Juan de la Cuesta, 1605, 8.º. También es muy rara esta edición, aunque no tanto como la primera.

Hay dos reimpressiones modernas del poema de Pedro de Oña: la de Valparaíso, 1849, en 16.º, por Don Juan María Gutiérrez, y la otra de Madrid, en 1854, en el tomo II de *Poemas épicos* de la Biblioteca de Rivadeneira coleccionado por D. Cayetano Rosell.

El trabajo más importante sobre este poema chileno es el que incluyó don Juan María Gutiérrez en sus *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX* (Buenos Aires, 1865). Otro estudio más breve que acompaña a su reimpression del poema, fué objeto de un plagio en el *Semanario Pintoresco Español* de 1851.

<sup>19</sup> *Temblor de Lima* año de 1609. Gobernando el Marqués de Montes Claros, Virrey Excellentísimo. Y una Canción Real Panegyrica en la venida de su Excelencia a estos Reynos. Dirigido a Don Joan de Mendoça y Luna, Marqués de Castel de Bayuela su Primogénito successor, por el Licenciado Pedro de Oña. Con licencia. Por Francisco del Canto. 1609. 4.º (En Lima).

Compañía de Jesús le tomó bajo su protección, haciendo de él una edición elegante para aquel tiempo, con viñetas grabadas en cobre; Lope de Vega le llamó *poema heroico, armónico y suave*, y el aprobante del libro fué no menos que don Pedro Calderón de la Barca. El poema es medio histórico, medio alegórico, interviniendo en la acción personajes tan extraños como *El tedio* y *El qué dirán*. Tiene doce cantos y acaba prometiendo una segunda parte que por fortuna no vino a acrecentar la indigesta mole de poemas devotos, tan inútiles para la devoción como para la literatura<sup>20</sup>.

El mérito relativo del *Arauco domado* parece mayor cuando se le coteja con los demás versos de Pedro de Oña<sup>21</sup>, y todavía más con los otros poetas que intentaron reanudar el hilo de la narración de Ercilla. Fué de los primeros, y sin duda de los más infelices, don Diego de Santisteban y Osorio, ingenio leonés, que al año siguiente

El único ejemplar conocido de este breve poema en octavas reales (de tipo normal), pertenece a la *John Carter Brown Library* ("Providence-Rhode Island"). Le ha reproducido en facsímil el Sr. Medina.

*El Temblor de Lima de 1609, por el licenciado Pedro de Oña, edición facsimilar precedida de una noticia de "El Vasauero", poema inédito del mismo autor. Reimprimelo J. T. Medina. Santiago de Chile, imprenta Elzeviriana, 1909.*

Cuando Oña escribió este canto, no desempeñaba ya el corregimiento de Jaén de Bracamoros, con que recompensó sus méritos D. García. Fué testigo presencial del terremoto de 19 de Octubre, que con sencillo o ningún artificio finge referir a un amigo suyo en la forzada ociosidad de un viaje: "Arcelo y Daricio, dos amigos caminando juntos una tarde de hivierno por estas partes en lo más llano de la Sierra, les sobreuino una tempestad de agua y viento así regurosa, que no hallando otro reparo, se recogieron al de una peña socuada, que en forma de medio trecho, les pudo hazer bastante abrigo. Donde con ocasión de la borrasca, refiere Arcelo (a petición de Daricio) el temblor de Lima, con todo lo sucedido en estos días, a que estuvo presente".

El principal interés de la narración es histórico, puesto que al parecer no se conoce otra sobre aquel fenómeno sísmico. A lo menos no se habla de él en las Memorias de los Virreyes del Perú, ni en la Colección de terremotos del coronel Odrizola (Lima, 1863).

<sup>20</sup> *El Ignacio de la Cantabria. Primera parte. Por el Licenciado Pedro de Oña. En Sevilla, por Francisco de Lyra, año 1639, 4.º.*

Del mismo estilo que este poema, pero algo menos mala, es la más extensa composición lírica

de la publicación del *Arauco* en Lima, y, por supuesto, sin tener noticia de él, publicó una *Cuarta y Quinta Partes de La Araucana, en que prosigue y acaba la historia de D. Alonso de Ercilla, hasta la reducción del valle* <sup>22</sup>.

La cuarta parte tiene trece cantos y la segunda veinte; el autor nos informa que tenía "pocos años", y confiesa, además, con loable y verídica modestia que le faltaban *caudal y arte*. Lo más singular del caso es que apenas hay una palabra de verdad histórica en todo lo que relata. No había estado en América, ni la conocía más que por los libros, o hablando más propiamente, por un solo libro, por *La Araucana*, cuyos episodios va calcando servilmente: inventando, por ejemplo, un Caupolicán 2.º, sucesor del Caupolicán 1.º; haciendo a Colocolo pronunciar nuevos discursos, y sustituyendo la homérica prueba del tronco con una especie de elección de cofradía en que los caciques van

depositando pacíficamente sus votos en una urna de ébano guarnecida de perlas. Para que nada falte en esta insípida rapsodia, hay conjuros y magia, y una descripción del mundo y una historia de la conquista del Perú que ocupa nada menos que cinco cantos, todo con intervención de la diosa Belona y del sabio Zoroastro, que viene de la laguna Estigia a contar la conquista de Orán por el Cardenal Cisneros. Al fin el poeta se cansa de amontonar disparates sin orden ni concierto, y acaba por hacer que se suicide el imaginario Caupolicán 2.º, que le había dado pie para tantos desvarios. Lo pedestre y desmañado del estilo y de la versificación corre parejas con las insensatez del plan. Únicamente ha de notarse que Santisteban no forma en el coro de los poetas áulicos de D. García de Mendoza: al contrario, pone todo su empeño en enaltecer la figura militar de Ercilla, atribuyéndole una porción de aven-

que conocemos de Pedro de Oña, es a saber: la *Canción Real en que se recogen las excelencias de San Francisco Solano, introduciendo al río Lima, que habla con el Tíbre de Roma*. Está en la segunda edición de la *Vida, virtudes y milagros del santo Padre Fr. Francisco Solano, por Fr. Alonso de Mendieta* (1643). En medio de las lóbreguezes del culteranismo, todavía centellea de vez en cuando el vivo ingenio del autor del *Arauco domado*, en éste que podemos llamar su canto de cisne, puesto que por entonces debía de ser muy anciano, y no volvemos ya a encontrar noticia de su persona.

<sup>21</sup> Cuando escribí esto en 1895, no tenía noticias de otro extenso poema de Pedro de Oña, del cual dió la primera noticia y un breve extracto don Diego Barros Arana, en el tomo V de su *Historia General de Chile*. Más recientemente, D. José Toribio Medina (en el prólogo de *El Temblor de Lima*), analiza detalladamente la obra y copia bastantes octavas, que hacen desear la íntegra publicación de *El Vasauo*, obra posterior al *Ignacio de Cantabria*, pero de quilates estéticos muy superiores, sin duda por estar más en la cuerda de Oña la poesía profana que la ascética. Las octavas de *El Vasauo*, cuya dedicatoria está firmada en el Cuzco a 13 de abril de 1635, son verdaderamente extraordinarias para compuestas por un poeta de sesenta y cinco años, y prueban que en su ingenio nunca llegó a secarse la inspiración, cuando escogió materia acomodada a sus fuerzas.

Es obra muy larga: consta de cerca de diez mil versos, distribuidos en 11 cantos. Su enigmático título requiere alguna explicación. *El Vasauo* es un producto de la musa adulatoria que dictó el

*Arauco domado* y tantos otros poemas de la literatura colonial.

Pero lo que es adulación directa en el libro encargado por D. García de Mendoza, es aquí homenaje indirecto a otro virrey del Perú, D. Luis Jerónimo Fernández de Cabrera y Bobadilla, cuarto Conde de Chinchón. Descendía el de Chinchón de dos ilustres consortes cuyos nombres tantas veces suenan en la historia de los Reyes Católicos, D. Andrés de Cabrera y doña Beatriz de Bobadilla, primera marquesa de Moya, en quien depositaba doña Isabel todas sus confianzas. El poema de Oña es muy anterior al interesante libro de Pinel y Monroy, *Retrato del buen vasallo, copiado de la vida y hechos de D. Andrés de Cabrera, primer Marqués de Moya* (Madrid, 1677), pero el poeta chileno encontró bastante materia para su objeto en la *Crónica* de Hernando del Pulgar y en otros libros históricos muy conocidos, a los cuales pudo añadir algunas tradiciones familiares, que constaban en el archivo de la Casa. Uno de estos episodios es el que da nombre al poema:

La grave, dime, pompa, el culto regio  
Con que la Majestad mayor terrena  
El áurco vaso envía.....

Trátase de un vaso de oro, con que el día de Santa Lucía obsequiaron los reyes en su mesa a D. Andrés de Cabrera, en testimonio de gratitud por sus servicios, y especialmente por los que había prestado en Segovia sosteniendo el Alcázar en nombre de la Reina:

turas apócrifas, que algunos biógrafos han tomado como moneda corriente.

Mejor nombre que Santisteban Osorio merecen el sargento mayor D. Juan de Mendoza y Monteagudo, y el capitán Hernando Alvarez de Toledo. Siquiera sus extensos poemas no son meras composiciones retóricas, sino memorias personales, aunque prosaicas y desabridas, de los sucesos en que sus autores intervinieron. Pero a decir verdad, tales documentos, inestimables para el historiador, poco importan para la crítica literaria y no se les hace grave ofensa en pasar rápidamente por ellos. El sargento mayor Mendoza, a quien se atribuye un poema anónimo y acéfalo conocido con el título de *Guerras de Chile*, era un aventurero que desde la edad de quince años, en que pasó al Nuevo Mundo, había tomado parte en las más románticas y temerarias empresas por las regiones tropicales, ora buscando los soñados palacios del Dabaybe, donde debía

“Daréis al del Consejo, al de la espada,  
Al buen Marqués de Moya, esta embajada:  
Diréisle que pues hoy (felicé día)  
Nos dió en Segovia llaves y tesoro  
Su fiel constancia, cuando de Lucía  
Constante fé celebra el mártir coro;  
Hoy Reina grata y grato Rey le envía  
Este, que es puro y fino vaso de oro:  
Prenda de amor en ambos, y figura  
De la lealtad en él más firme y pura.

Diréis que un áurco vaso en áurea gloria  
De su posteridad ilustre queda,  
Porque, jamás cansada, esta memoria  
Irá de Nos pasando al que suceda.  
Como sujeto digno de alta historia  
Que el tiempo gastador borrar no pueda,  
Y que este casi feudo le pagamos  
Los que por él pacíficos reinamos”.

(Libro VI.)

La merced de la copa el día de Santa Lucía es histórica, y Pinel trata de ella extensamente, insertando el privilegio Real y otros documentos (páginas 290-298). Oña supone que en este vaso iban esculpidas de relieve las hazañas de los marqueses de Moya, y ellas dan argumento al poema, escrito para lisonjear al conde de Chinchón:

Véncete, pues, y escucha la notoria  
Real prosapia tuya, que de antigua  
O bien el tiempo esconde su memoria,  
O bien, por más blasón, se finge ambigua.

(Libro I.)

de haber un ídolo del sol, todo de oro fino; ora arrojándose en un frágil madero al peligroso paso de Ancerma; ora remontándose en demanda de las fuentes del río San Jorge, viaje que describe en estas octavas, las cuales pueden dar alguna idea de su estilo en los trozos en que es mejor.

Entre un muelle de peñas temerario,  
Donde de nácar tiene la urna viva,  
Sale el sagrado viejo solitario  
Y setecientas leguas se deriva:  
Cruza sobre su frente de ordinario  
La grande cordillera fugitiva,  
Que tiene, según fama, las espaldas  
Lastradas de oro fino y esmeraldas.

En el discurso desto, ¡qué de cosas  
Difíciles pasé, cuántas montañas  
De arcabucos rompi maravillosas!  
Pues ¡qué yermos pasé, pues qué campañas!  
¡Qué empresas no emprendí dificultosas!  
¡Fueron tan grandes, fueron tan extrañas,  
Que al fin se quedó atrás el pensamiento;  
Que lo excedió el humano atrevimiento!

Un poema genealógico y de tal extensión previene, desde luego, contra su lectura, aún al que esté más aguerrido en tales ejercicios; pero quizá tratándose de *El Vasauro*, sería excesivo rigor condenarle por entero. No tiene verdadera unidad: es una crónica rimada, pero no de interés familiar únicamente, puesto que refiere cosas grandes de nuestro mayor reinado, y el poeta va tejiendo con bastante habilidad los anales de Castilla desde fines de 1466 hasta la conquista de Granada en 1492. Resulta, pues, del conjunto cierta impresión épica, aún con el inconveniente de aparecer doña Beatriz y su marido algo achicados y como en segundo término. Pero el carácter de la primera está bien entendido. Es tan enérgico, varonil y fiero, como le presenta la historia, ya oponiéndose “con un puñal desnudo en mano” al proyectado matrimonio de su ama con el Maestre de Calatrava; ya cuando en ausencia de Cabrera defiende el Alcázar de Segovia contra los sediciosos que procuraron asaltarle; ya cuando en el cerco de Málaga está a punto de recibir la puñalada que un santón de la hueste agarena quería asestar contra el pecho de la Reina.

En todos estos y otros lances, doña Beatriz justifica lo que de ella dice el poeta al contar su nacimiento y crianza:

A quien no leche humana,  
Fiera leona si prestó el sustento.

(Canto IV.)

La parte de pura invención es lo que menos vale en los fragmentos que conocemos de este poema. Redúcese casi a las inverosímiles y absurdas empresas bélicas de un niño de diez años,

Las venas ví y profundos tragaderos  
 Del cuerpo de que todos somos hijos;  
 Los secretos del mar respiraderos  
 Que salen por conductos y escondrijos;  
 Los negros, infernales sumideros  
 Que el azufrado fuego brotan fijos,  
 Y otras mil extrañezas que en sí encierra  
 Aquesta casa grande de la tierra.

Víboras de corales vi funestas,  
 Sierpes de cascabeles sonadores,  
 La *icotea* que la casa lleva a cuestras,  
 Los nietos de Saturno burladores,  
 El *perico* enemigo de las cuestras,  
 Los grasos semibueyes nadadores,  
 Los micos que al pasarlas hacen sogas,  
 Y el lagarto que el agua nunca ahoga.

Sin estas animalias, vi infinitas  
 De tales calidades y figura,  
 Que no pudo dejallas Plinio escritas,  
 Porque ignoró su forma y su hechura;  
 Las siete maravillas exquisitas,  
 De quien la fama antigua tanto cura,  
 Ya es vano exagerallas ni escribillas,  
 Teniendo el mundo tantas maravillas.

Cansado de los rigores de tan insalubres climas, pasó al Perú, y de allí a Chile, alistado bajo las banderas de D. Francisco de Quiñones al finalizar el año 1599. Allí sirvió honrosamente en la milicia y en la

hijo de los Marqueses de Moya, que se lidia en combate singular nada menos que con el alcaide moro de Málaga, y le vence y mata delante de los dos ejércitos. De resultas, se apasiona de él una mora hermosísima llamada Fátima, de la tribu de los Abencerrajes, y le persigue y requiere de amores. Pero el rapaz, que no entiende de tales devaneos, la desengaña a tiempo, y ella se casa con un moro principal de la familia de los Zegries, después de convertirse entre ambos a la fe cristiana.

Los cantos 9<sup>o</sup> y 10<sup>o</sup>, en que estos absurdos se contienen, son, sin embargo, por su ejecución y su estilo, lo mejor de la obra. Citaremos una sola octava, que pinta la desesperación amorosa de Fátima:

Deja caer la dama el albo cuello  
 Como azucena flor no bien cortada,  
 Sin aire, sin orden el cabello,  
 Y sin vigor la mano delicada.  
 El al ceñido talle, al hombro bello  
 Su izquierdo brazo da por almohada,  
 La desabrocha el pecho, a que la nieve  
 Quisiera compararse y no se atreve.

<sup>22</sup> La primera edición de estas dos partes, *dirigida a D. Fernando Ruiz de Castro y Andrade, conde de Lemos y de Villalba*, es de Salamanca, por Juan y Andrés Renault, 1597, 12<sup>o</sup>. Fueron reimpresas en Barcelona por Joan Amello, 1598, y figuran unidas a las tres de Ercilla en una sola edición de *La Araucana*, la de Madrid, 1735, por

toga, durante una vida muy larga, puesto que en 1666 otorgaba un poder para testar.

El poema de D. Juan de Mendoza se cita generalmente con el título de *Guerras de Chile*, por más que ni este título, ni otro alguno, ni el nombre de su autor, constan en el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, que nos le ha conservado <sup>23</sup>. En once cantos que comprenden cerca de ocho mil versos, narra los acontecimientos, en gran parte desastrosos, de la gobernación de Martín García de Loyola y de D. Francisco de Quiñones, y las matanzas y rebatos hechos por los araucanos en las poblaciones españolas al finalizar aquella centuria. El primer canto puede considerarse como una introducción, y en él, según se expresa el autor, "describense las provincias que el reino de Chile en sí contiene; las que, por más belicosas, han sustentado las guerras; los modos que en gobernarse tienen, y algunas cosas no escritas hasta aquí de sus costumbres, y otras cosas memorables acontecidas en el discurso de varios gobernadores hasta el tiempo de Martín García de Loyola, que viajando de

Francisco Martínez Abad, en folio, la cual por esta circunstancia es bastante estimada de los bibliófilos.

Santisteban Osorio es autor de otro voluminoso poema, *Primera y segunda partes de las guerras de Malta, y toma de Rodas... Madrid, en la Imprenta del Ldo. Varez de Castro, 1599*. La primera parte consta de doce cantos, y la segunda de trece.

<sup>23</sup> Tiene en las tapas las armas de la reina D<sup>a</sup>. Mariana de Austria y, por consiguiente, es muy verosímil que pertenezca al fondo primitivo de la biblioteca procedente de Palacio, y sea distinto del que Barcia tuvo en su librería, y cita como de autor anónimo en las Adiciones a Pinelo. La copia por donde se ha impreso fué llevada a Chile por D. Diego Barros Arana.

Algunos han atribuido este poema al Dr. Luis Merlo de la Fuente, gobernador o presidente interino que fué en Chile; pero el Sr. Medina, y a nuestro parecer con buenos argumentos, recaba la paternidad del libro para D. Juan de Mendoza. Véanse *Las Guerras de Chile, poema histórico, por el sargento mayor D. Juan de Mendoza Montenegro, publicado con introducción, notas e ilustraciones, por J. Medina*. (Santiago de Chile, 1888). Primer tomo de una *Colección de Poemas Épicas relativos a Chile, o escritos por chilenos durante el período colonial*, que por las vicisitudes políticas de aquel país quedó interrumpida.

la Imperial, seguido de Pelantaro, se alojó en Coralaba". En el canto segundo, prosiguese con la muerte del gobernador y la retirada de los suyos. La narración es fácil, y por lo general, noble y decorosa: el autor remeda bastante bien el tono de Ercilla, y como soldado de profesión, da a la pintura de las batallas una animación y un fuego que no tienen en la retórica pluma de Pedro de Oña. El episodio de la india Guaiquimilla es tierno y agradable, y muy original el cuadro de una sequía en Chile. En la dicción se advierten pocos resabios del mal gusto del siglo XVII, y aunque la versificación no corra siempre sin tropiezo, ha de tenerse en cuenta que el autor no limó su obra ni la destinaba acaso a la publicidad, y que además la copia que tenemos es imperfecta, y aún incompleta en algunas partes.

Pero tal como está, el poema atribuido a D. Juan de Mendoza me parece el tercero en mérito poético entre los compuestos sobre Chile, y muy preferible en tal respecto al *Purén indómito*, enorme crónica rimada de Hernando Alvarez de Toledo, caballero andaluz y soldado veterano de Flandes, que pasó a Chile en 1581, curtido ya por los azares de la vida y de la guerra, como declaran estos versos suyos:

"Tuve, tengo y tendré constante pecho:  
Infortunios he visto y tempestades  
En el mar de Noruega y paso estrecho;  
Muertes, naufragios, espantables guerras  
En partes varias y en remotas tierras".

(Canto XVI.)

En Chile, manejando alternativamente la espada y el arado, fué a un tiempo capitán y ganadero, alcalde de Chillán, donde vió saqueadas sus haciendas por los araucanos, de quienes tomó luego amplio desquite; y bravo combatiente contra el corsario inglés Tomás Cavendish en 1587. Las noticias de su vida, aunque pocas y dispersas, alcanzan hasta 1631, en que está otorgado su codicilo testamentario <sup>24</sup>.

<sup>24</sup> Vid, recogidas las noticias biográficas de este autor en el opúsculo de D. Domingo Amunátegui, *Don Fernando Alvarez de Toledo*. (Santiago de Chile, imprenta de Cervantes, 1898).

Parece probado que Alvarez de Toledo escribió, no uno, sino dos poemas: *La Araucana* y el *Purén indómito*. Del *Purén* mismo prometió una segunda parte, que acaso no pasara de proyecto. Pero que *La Araucana* existió y era obra distinta del *Purén*, nos lo persuade el no encontrarse en éste ninguna de las octavas que el P. Ovalle cita como pertenecientes a aquel poema, y que además tratan todas de sucesos anteriores a la muerte del gobernador Loyola, en que comienza el *Purén indómito*. Al parecer, todo el libro VI de la *Histórica relación* de Ovalle, que tiene por asunto el gobierno de D. Alonso de Sotomayor, está tomado en substancia de *La Araucana*, de Alvarez de Toledo, con lo cual podemos fácilmente consolarnos de su pérdida, viendo transformado en elegante prosa lo que seguramente estaba contado en infelices y desmañados metros.

Porque, en efecto, el *Purén indómito*, con sus veinticuatro cantos y más de quince mil versos, es ración muy suficiente para empalagar y rendir al más tolerante lector de crónicas rimadas. Si suponemos que *La Araucana* y el *Purén* segundo tenían próximamente la misma extensión, sólo Juan de Castellanos, o el fabuloso autor del *Ramayana* excedieron en fecundidad épica al capitán Alvarez de Toledo. ¡Todo para contar unos cuantos años de monótona guerra contra salvajes medio desnudos, cantados además hasta la saciedad por un tan gran poeta como Ercilla, y por otro tan notable como Pedro de Oña! A este último se propuso por principal modelo el autor del *Purén*, según declaran estos versos suyos:

"Si de vuestro favor yo careciera,  
Y en él no confiara cual confío,  
No pasara tras de Oña la carrera  
En un rocín tan flaco como el mío..."

Su *rocín* era ciertamente flaco, y no hace nada de más en confesarlo. El *Purén indómito* no tiene de poesía más que el metro, bien desaliñado por cierto, afeado por frecuentes consonancias homónimas y por dislocaciones de acentos. Del estilo dice el mismo autor (y no hay por qué contradecirle) que es "pobre, humilde, bajo y escaso de elegancias". Hay octavas llenas de nombres propios, y nunca se olvida de consignar la fecha exacta de los acontecimientos. Aquello de la *trompa*

épica nunca tuvo menos aplicación que tratándose de este árido cronista, cuyo valor histórico está en razón inversa de su nulidad poética. Ni él mismo se preciaba de otra cosa que de la más rígida veracidad:

"Pero como es historia verdadera,  
No lleva cuento o fábula de amores,  
Porque de la verdad patente y pura  
Es con lo que se adorna mi escritura...

.....  
Que yo lo he visto bien, y soy testigo,  
.....

Porque ha de ser de todo el coronista,  
Testigo de gran crédito y de vista.  
.....

Por lo cual digo en esto haberme hallado,  
Y en todo o en lo más que ha sucedido,  
Y de lo que no he visto, me he informado  
De gente de verdad y que lo vido...

A tan terminantes cuanto prosaicas declaraciones, nada tiene por objetar hoy la investigación más escrupulosa. El *Purén indómito* está considerado como fuente principal para un período de la historia de Chile, y encierra además muy curiosas noticias sobre las costumbres de los araucanos y sus relaciones en paz y en guerra con los colonos. A diferencia de los otros poetas de Arauco, sigue su autor el hilo de la narración escueta, y no se distrae jamás a digresiones ni episodios amorosos:

"Pues tengo en el principio prometido  
De no contar hazañas de Cupido".

En cambio llena el poema de insulsas reflexiones morales, que acaban de hacer tediosa y aún imposible su lectura <sup>25</sup>.

Parecía imposible descender más, pero todavía hubo en la colonia otro poeta, justamente calificado de macarrónico, que hizo bueno a Hernán Alvarez de Toledo. Fué éste el capitán Melchor Xufré del Aguila, natural de la villa de Madrid, el cual en 1630 publicó en Lima uno de los más raros libros del mundo, hasta el punto de no conocerse de él más que un solo

ejemplo. Tiene por título: *Compendio historial del descubrimiento, conquista y guerra del Reyno de Chile, con otros dos discursos. Uno de avisos prudenciales en las materias de gobierno y guerra. Y otro de lo que católicamente se debe sentir de la astrología judiciaria. Dirigido al Excmo. Sr. Conde de Chinchón, Virrey de estos Reinos del Perú, Tierra Firme y Chile* <sup>26</sup>.

Precede al libro (y es lo más interesante de él) una larga carta del Dr. Luis Merlo de la Fuente, capitán general que había sido en guerra de Chile, desde 1606 a 1628, dando cuenta a su amigo Xufré de los sucesos de su gobernación. El capitán Xufré había perdido una pierna en la guerra de Chile, y se hallaba en Lima, pobre y mal pagado, ocupando su "ociosa soledad" en poner por escrito sus campañas y sus quejas. Su libro tiene de todo; pero principalmente de memorial de servicios mal galardonados. Los tres tratados que la obra comprende, están en versos sueltos, si es que nombre de versos merecen aquellos informes y toscos renglones. No sólo

<sup>25</sup> El único ejemplar conocido de esta obra fué cedido por D. Pascual de Gayangos a Mr. Lennox, y hoy para en la magnífica biblioteca de Carter Brown (Providence), tenida por la primera del mundo en su género. Aprovecho la ocasión para citar su catálogo, que da idea de aquellas riquezas: *Biblioteca americana. A catalogue of books relating to North and South American in the library of John Carter Brown of Providence R. I. With notes by John Russell Bartlett, Providence, 1866.*

Por una esmerada copia de este ejemplar, ha reimpresso el libro de Xufré del Aguila la Universidad de Chile (Santiago, imprenta Cervantes, 1879), con sendos prólogos de D. Luis Montt y D. Diego Barros Arana, que contienen algunos datos sobre la vida del capitán Xufré del Aguila. El interés histórico del poema de éste no se reduce a la primera parte, puesto que también en la tercera refiere muy por extenso la sorpresa de Curalaba, que costó la vida al gobernador de Chile D. Martín Oñez de Loyola. Otras referencias a sucesos de la guerra chilena hay en esta última parte, donde el autor procura vindicarse de la nota de astrólogo judiciario: aunque sus mismas palabras prueban el crédito que daba a aquella falsa ciencia. "Ha habido alguna voz en este reino y fuera de él, de que soy de los que dan demasiada creencia a los pronósticos de la astrología, y por eso hice este tratado, en que se ve muy claro que no soy de esta secta envanecida, si bien tengo por cordura muy grande el no desestimar los avisos, que a veces por impensados medios nos envía la Divina Providencia".

<sup>26</sup> El *Purén indómito*, que se conserva manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid, fué impreso en París bajo la dirección de D. Diego Barros Arana, como primer tomo de la *Biblioteca Americana. Collection d'ouvrages inédites ou rares sur l'Amérique*, del editor A. Franck, 1862.

la parte relativa a la guerra de los araucanos (que es propiamente el *Compendio historial*), sino los otros dos tratados, tienen forma de diálogo entre Gustoquio, que había sido capitán en Flandes, y Provector, alférez chileno, los cuales habiendo acudido a la corte a ciertas pretensiones, se reúnen para platicar de asuntos militares. De qué calidad serán los versos historiales de Xufré del Aguila, júzguese por la siguiente muestra:

"Hallábame yo en Lima en este tiempo  
Con una lanza sola, que pagada  
Los menos años es, y della poco;  
Y procurando merecer mayor  
Merced de nuestro Rey, quise a mi costa  
A aquella empresa ir do fui ofrecido,  
Y sin querer tomar socorro alguno,  
O paga (que hasta hoy un solo peso  
Ni un maravedí solo he recibido  
De paga real), habiendo en su servicio  
Gastado más millares de ducados  
Que tengo, a Chile fui de aventurero;  
Mas no penséis que he de dezir por esto  
Nada con más espacio, aunque de vista  
De casi quarenta años soy testigo.  
En fin, con esta gente el de noventa,  
A veinte y seys de Enero, allí aportamos".

Puede decirse que a este ciclo de poemas históricos se reduce la literatura de la Colonia durante dos siglos. Fuera de ellos apenas pueden citarse más que dos obras de carácter literario, inspiradas también por sucesos de la guerra araucana y que contienen algunos versos: un libro de memoria y una especie de novela: el *Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile*, del maestro de campo D. Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, natural de Chillán; y la *Restauración de la Imperial y conversión de almas infieles*, de Fr. Juan de Barrenechea y Albis. El libro de Bascuñán es la narración muy agradable, interesante y simpática de los siete meses de cautiverio que en su juventud (1629), siendo capitán, pasó en poder del honradísimo cacique Maulicán, cuyos buenos sentimientos competían con los de su caballeroso prisionero. Este libro, escrito con tanta sinceridad como nobleza, tiene más poesía verdadera en algunas escenas, por ejemplo, la vuelta del cautivo a los brazos de su padre (viejo heroico y digno de la epopeya) que casi todos los poemas que llevamos analizados hasta ahora. Bascuñán, que había recibido educación clásica en un colegio de jesuitas, entretenía los

ocios de su cautividad en composiciones poéticas, estimables por la naturalidad y el sentimiento, de las cuales en sus memorias intercala algunas muestras. Al cacique que le aprisionó dirige un romance, que es manifiesta imitación de uno de los más célebres de Góngora:

"En la guerra batallando,  
Mal herido en el combate,  
Desmayado y sin sentido,  
Confieso me cautivaste.  
La fortuna me fué adversa,  
Si bien no quiero quejarme  
Cuando tengo en tí un escudo  
Para mi defensa grande.  
En la batalla adquiriste  
Nombre de esforzado Marte,  
Y hoy con tu cortés agrado  
Eternizarás tu sangre...  
Cautivo y preso me tienes  
Por tu esfuerzo, no es dudable;  
Mas con tu piadoso celo,  
Más veces me aprisionaste.  
Más podré decir que he sido  
Feliz cautivo de hallarme  
Sujeto a tus nobles prendas,  
Que son de tu ser esmalte..."

Otros romances tiene, muy recomendables por la fectuosa resignación y piedad sencilla; verbigracia:

"Gracias os doy infinitas,  
Señor del empero cielo,  
Pues permitis que un mal hombre  
Humilde amanezca a veros,  
En este pequeño bosque,  
Las rodillas por el suelo,  
Los ojos puestos en alto,  
Vuestra grandeza contemplo.  
Consolado y afligido  
Ante voz, Señor, parezco:  
Afligido con mi culpa,  
Consolado porque os temo.  
Diversos son mis discursos,  
Varios son mis pensamientos,  
Y luchando unos con otros,  
Es la victoria por tiempos.  
La naturaleza flaca.

Está siempre con recelos  
De los peligros que el alma  
Tiene entre tantos tropiezos.  
El espíritu se goza  
En medio de mis tormentos,  
Porque es docta disciplina  
Que encamina a los despiertos...  
Trabajos y adversidades  
Entre inconstancias del tiempo  
Padezco con mucho gusto  
En este feliz destierro.  
En mí las tribulaciones  
Han sido un tirante freno  
Que ha encadenado mis pasos  
Y refrenado mis yerros..."

Vos, Señor, sois mi refugio,  
 Vos sois todo mi consuelo,  
 Vos de mi gusto la cárcel,  
 Vos mi feliz cautiverio.  
 Lo que os suplico rendido,  
 Lo que postrado os ruego,  
 Es que encaminéis mis pasos  
 A lo que es servicio vuestro.  
 Que si conviene que muera  
 En esta prisión que tengo,  
 La vida que me acompaña  
 Con mucho gusto la ofrezco.  
 En vuestras manos, Señor,  
 Pongo todos mis aciertos,  
 Que nunca tan bien logrados  
 Como cuando estáis con ellos”.

No hay en los versos de Bascuñán notable entonación poética, pero sí una sencillez grande, que contrasta con el gusto del siglo XVII, ya muy entrado cuando él escribía. La distancia, el cautiverio, el ningún propósito de vanidad literaria, bastan para explicar este fenómeno. No es fácil encontrar en los poetas americanos de entonces, por ejemplo, en los innumerables que deliraban en Lima, un modo de decir tan llano, terso y apacible como el de estos versos de otro romance:

“Rueda, fortuna, no pares  
 Hasta volver a subirme,  
 Porque el bien de un desdichado  
 En tu variedad consiste.  
 Un tiempo me colocaste  
 Con las estrellas más firmes,  
 Y ahora me tienes puesto  
 En la tierra más humilde.  
 Entonces me ví tan alto,  
 Que me pareció imposible  
 Ver mis glorias humilladas  
 A los pies de quien las pise...  
 Tu natural inconstante  
 Con varios efectos vive:  
 Abatiendo al que merece,  
 Sublimando al que no sirve...  
 Que no pares en mi daño  
 La rueda, quiero pedirte,  
 Porque es mi dicha tan corta  
 Que presumo ha de estar firme...”

Luce Bascuñán sus buenos estudios de humanista en versiones no infelices de algunos pasajes cortos de Virgilio, Ovidio y Silio Itálico, que con más o menos oportunidad trae a cuento en su narración. Por el mejor de estos ensayos de traducción es el que hizo del salmo sexto: *Domine, ne in furore tuo arguas me* <sup>27</sup>.

<sup>27</sup> Las Memorias de Núñez de Pineda están publicadas en el tomo III de la *Colección de Historiadores de Chile*, dirigida por Barros Arana.

La *Restauración de la Imperial*, que el provincial de los Mercedarios Fr. Juan de Barrenechea y Albis, hijo de la ciudad de Concepción, escribió por los años de 1693, es obra de más alarde literarios que el *Cautiverio feliz*, pero muy inferior a ella en estilo, en interés histórico y en todo. Sólo tiene la curiosidad de ser el único ensayo de novela hecho en Chile durante la época colonial, y seguramente uno de los rarísimos que se hicieron en toda América <sup>28</sup>. La heroína es una india llamada Rocamila, manifiestamente imitada de las indias de Ercilla. Sus amores con el araucano Carilabo, interpolados con escenas de guerra y cautiverio, que debían de terminar probablemente con la conversión y muerte de ambos amantes (porque el libro no está completo), forman el argumento asaz, vulgar de este relato, cuya acción se supone en el gobierno de don Alonso de Sotomayor. La novela, que ya de suyo tiene muy poco interés, se echa a perder además por lo enfático, declamatorio y pedantesco del lenguaje. Hay intercaladas en el proceso de la narración algunas octavas crespas y sonoras. La expresión de los sentimientos es casi siempre falsa e impropia de los indios a quienes se atribuyen <sup>29</sup>.

Hasta aquí la producción poética anterior al siglo XVIII <sup>30</sup>. Si no fué más abun-

<sup>28</sup> Algunos novelistas europeos del siglo décimo-séptimo pusieron en Chile y en el Perú ciertas escenas de sus libros. Entre ellos descuella el caballero gascón Francisco Loubayssin de la Marca, que escribió en muy buen castellano la *Historia tragi-cómica de D. Enrique de Castro* (París, 1617). Puede citarse también *La Monja Alferez*, donde el nombre de la protagonista y el fondo de sus aventuras son reales, pero que en su actual forma literaria quizá no se remonta más allá del siglo pasado, y aún casi nos atreveríamos a señalar su autor verdadero o a lo menos posible. Pero esta es materia para ser tratada despacio y en otra parte.

<sup>29</sup> La obra del P. Barrenechea está manuscrita en la Biblioteca Nacional de Chile. Me valgo del extenso extracto que hace de ella el Sr. Medina (*Literatura colonial*, tomo II, páginas 336-349). porque no tengo noticia de que todavía se haya publicado íntegra.

<sup>30</sup> Pueden añadirse algunas composiciones sueltas en elogios de autores y de libros. Al principio de la *Historia General de Chile* del P. Diego Rosales se leen unos tercetos bastante buenos de un D. Jerónimo Hurtado de Mendoza.

Apenas merece citarse más que a título de rareza un poema en latín casi macarrónico y rima caste-

dante, la causa está bien manifiesta en la falta de imprenta y en el relativo atraso de aquella colonia, llamada después a tan altos destinos. Hubo, no obstante, establecimientos de educación desde el principio. Ya antes de 1591 ordenaba una cédula real que en Santiago se estableciese una cátedra de gramática "para que la juventud del reino pudiese aprender latinidad, y que al que leyere se le diera en cada un año cuatrocientos y cincuenta pesos de oro". Pero esta fundación no llegó a tener efecto inmediato, por falta de preceptor, hasta que los dominicos la establecieron en su convento, junto con algunas enseñanzas de artes y filosofía, que inauguraron Fr. Acacio de Naveda y Fr. Cristóbal Valdespino. Los chilenos que deseaban más extensa instrucción y aspiraban a recibir algún grado académico, tenían que acudir a Lima, como lo hizo Pedro de Oña, es decir, a más de quinientas leguas. Los padres de Santo Domingo trataron de elevar a la categoría de universidad las cátedras que tenían en su convento, y enviaron a España a gestionarlo a un religioso suyo Fr. Cristóbal Núñez. La Real Audiencia apoyó la pretensión, por seguirse de ella "gran provecho y utilidad a los vecinos y moradores de las provincias de este reino de Chile y a las de Tucumán, Paraguay y Río de la Plata; por ser tierra de mejor temperamento y de más salud que no la de las provincias del Perú y ciudad de los Reyes, donde los que van a seguir sus es-

tudios enferman y padecen otras muchas necesidades, y estar la ciudad de los Reyes muy distante de las provincias, y la mar del Sur en medio"; añadiendo que, para poder sustentar la Universidad, tenía el convento frailes graves, de ciencias y experiencia. Era esto por los años de 1610, y para entonces ya se leían Artes y Teología en otros conventos, como el de San Francisco, el de San Agustín, el de la Merced y el de la Compañía de Jesús. Siete años después una bula pontificada de Paulo V autorizó la fundación de la *Universidad de Santo Tomás*, con facultad de conferir grados, y siempre bajo la dirección de la Orden de Predicadores. Pero aquella Universidad nunca prosperó mucho por falta de profesores y de recursos y por sobra de pleitos, y en lo que toca a letras humanas, le hicieron ventajosa concurrencia los colegios de la Compañía de Jesús establecidos en la capital y en Concepción durante el siglo XVII y más adelante en La Serena, en Valparaíso y hasta en las islas de Chiloé. El colegio de Santiago, que era el más importante, celebraba ya en 1616 justas o certámenes poéticos, donde se repartían premios "con música y saraos y otras alegrías". Añade el P. Ovalle en su *Relación histórica del reino de Chile*, publicada en 1646, que los estudiantes hacían a veces alguna *representación* a los divinos a manera de coloquio.

Sólo en la segunda mitad del siglo pasado llegó a tener Chile Universidad propia con carácter y título de *Real*, y organización muy parecida a la de Lima. Fué principal promotor de esta erección el alcalde D. Francisco Ruiz de Beresedo, a quien secundó el cabildo de Santiago en un memorial redactado por el licenciado Valcarce Velasco en 1720. Por fin, y después de largas negociaciones para arbitrar los fondos necesarios, que fueron cubiertos por suscripción de los vecinos, una Real cédula de 27 de junio de 1783 autorizó la creación de la Universidad de San Felipe, con cátedras de teología, cánones, leyes, matemáticas, cosmografía, anatomía, medicina y lengua indígena, diez entre todas, ascendiendo el total importe de la dotación a 5.000 pesos. Esta Universidad vivió aproximadamente un siglo, hasta 1843, en que fué reemplazada por la actual Universidad de Chile, la más renombrada y floreciente de la América española.

llana que compuso y sacó a la luz en Lima en 1645 el Presbítero Diego Núñez Castaño, con motivo de una invasión frustrada de piratas holandeses en Valdivia. Titúlase este aborto (que entre otras cosas contiene varios sonetos en latín), *Breve compendium hostium hereticorum Olandensium adventum in Valdiviam, exploratorem missum et narrationem ejus, fugam illorum cum pacto redeundi: providas dispositiones Prorogis: classim expeditam ad conditum ejus cum rebus necessariis, et alia continens... Lima, anno 1645*. Con aprobaciones del Dr. Antonio Maldonado y Silva, Catedrático de Derecho en la Universidad de Lima, y de Fr. Miguel de Aguirre, y versos estrafalarios, latinos y castellanos, de D. Lope de Figueroa, de los bachilleres Juan de Torres Villa Real y Juan de Torres Guerrero y de D. Juan de Landecho.

Vid. reproducido (con algunas erratas) este poema en el tomo III de la *Literatura colonial de Chile*, de Medina (páginas 94-111).

La expulsión de los jesuitas, que habían dado a Chile sus dos principales historiadores, Ovalle y Rosales, e iban a añadir a estos nombres el del célebre naturalista Molina, vino a ser grave contratiempo para los estudios de humanidades, que en Chile, como en lo demás de América, corrían casi exclusivamente a su cargo. El Convictorio de San Francisco Javier, que era el principal establecimiento de educación que tenían en Santiago, se convirtió en *Colegio Carolino*, pero no hizo más que decaer y vivir en gran descrédito y abandono. El Fiscal de la Audiencia insinuaba en 1774 que el país estaba *destituido de las fuentes de la literatura*. Bien se confirma tan lastimoso estado de decadencia recorriendo los pocos y desabridos frutos que dió la literatura criolla de Chile en aquella centuria de profunda somnolencia. Todo es trivial, baladí y prosaico, así en la ejecución como en los temas. Como muestras de esta poesía pedestre y casera, puede citarse *La Tucapelina*, poema satírico, en octavas reales, cuyo ignorado autor se ocultó con el seudónimo de Pancho Millaleubu. El asunto es la descripción burlesca de unas fiestas celebradas en la frontera araucana con motivo de la restauración de la iglesia y misión de Tucapel de 1783. Las alusiones que el poema contiene al Capitán general del Reino, D. Ambrosio Benavides y a sus tenientes D. Ambrosio O'Higgins y D. Domingo Tirapegui, tendrían mucha sal en su tiempo, pero hoy nos parecen insulsos juegos de palabras <sup>31</sup>.

Entre los varios copleros que por entonces lograron fama, se cita a un P. López, dominico, improvisador chistoso, a quien, como a todos los de su especie, se atribuyen muchos chistes que seguramente no dijo; a un P. Escudero, franciscano; a un capitán de artillería D. Lorenzo Múgica que hacía con bastante donaire décimas conceptuosas con el gusto de muchos poetas del siglo XVII. Hay otros muchos desendados anónimos, críticas de sermones, satirillas chabacanas, que pueden tener alguna curiosidad como documento de

costumbres <sup>32</sup>, pero que poéticamente nada valen. La colección más extensa y notable de este género es la *Ensalada poética jocosaria, en que se refiere al nacimiento, crianza y principales hechos del célebre D. Plácido Arteta, compuesta por un íntimo amigo suyo, tan ignorante de las cosas del Parnaso que jamás ha subido a este monte, y aún apenas llegó alguna vez a sus faldas*. El autor de este manuscrito, que era español y se llamaba D. Manuel Fernández Ortelano, debía de estar dotado de vena facilísima, aunque incorrecta, puesto que en la *Ensalada*, que bien merece tal nombre, hizo alarde de versificar en todo género de metros, emulando las *Fábulas literarias*, de Iriarte. Su mamotreto, que viene a ser una especie de novela en verso, cortada por todo género de disgresiones, no ha de ser juzgada como obra literaria, sino como la expansión de un espíritu chancero, que se ríe de sí propio y de todas las cosas humanas, y escribe sin más intención ni propósito que divertirse.

<sup>32</sup> Son las más curiosas bajo este respecto las *Décimas joco-serias y lúdico-formales, que compuso un númen poético... a la comedia francesa, a sus farsantes, comparsas, música, expresiones y sentimientos, como asimismo a sus espectadores nacionales intrusos, supersticiosos, por razón de moda y estado; y el Canto encomiástico de la famosa batalla de las Lomas, el día 20 de septiembre de 1807. La famosa batalla fué un simulacro entre cómico y trágico, en que por la inexperiencia de las milicias de Santiago hubo mucha confusión y algunas víctimas*.

Pueden citarse además *La Visión de Pctorca*, que es un romanzón del agustino Fr. Sebastián de la Cueva, narrando la catástrofe de unos mineros sofocados por los humos en 1779; otro romance anónimo sobre la *Relación de la inundación del río Mapocho en 1783*; los *Llantos del reino de Chile*, con motivo de la partida del gobernador Amat en 1762.

Existen finalmente manuscritas dos detestables colecciones de versos devotos: una del famoso predicador agustino Fr. Manuel Oteiza (*Liberto penitente, alias el pecador arrepentido, que a imitación de David implora misericordia por medio de la penitencia; fuga del mundo por el camino del cielo; pensamientos piadosos del penitente Rey, que guían a la cumbre de la perfección evangélica por las tres vías: purgativa, iluminativa y unitiva; glosa moral de la divina Salmodia*), y otra de un capuchino anónimo (*Dibujo de un alma que puesta en los crisoles purgativos camina por la muerte mística a la unión pasiva con Jesucristo. Trabajo de un contentible sacerdote para luz de las almas que S. M. pusiere en esta felicidad. Año de 1798*).

<sup>31</sup> *La Tucapelina* ha sido impresa en la *Literatura colonial de Chile*, del Sr. Medina, tomo III, páginas 31-51. Consta de diez cantos, cada uno de diez octavas, por lo cual el poeta los llama *décadas heroicas*.

El teatro apenas puede decirse que existiera en Chile hasta los últimos días de la época colonial, y aún entonces de una manera pobre y precaria. Con ocasión de algún regocijo público solían representarse comedias, y el grande obispo Fr. Gaspar de Villarroel, en su *Gobierno eclesiástico pacífico* (1657), habla de las que hubo en el convento de padres mercedarios de Santiago, y añade que el día del Corpus Christi y de su octava se representaban también "en el cementerio de la iglesia metropolitana de Lima, asistiendo los señores Virreyes y señores Arzobispos, los dos cabildos y las religiones, y no eran las comedias autos sacramentales, como aquellos de la corte, sino comedias formadas, y aunque se procuraba que fuesen religiosas, como la fábula es el alma de la comedia, ninguna es tan casta que no se mezclen algunos amores".

Las más antiguas fiestas dramáticas de índole enteramente profana, fueron las celebradas en la ciudad de la Concepción en 1693, para solemnizar la llegada del presidente Marín de Poveda. "Constaba el obsequio (dice el cronista Córdoba y Figueroa) de 14 comedias, y la del *Hércules chileno*, obra de dos *regnícolas*, toros y cañas" <sup>33</sup>. Ni el tal *Hércules chileno* ha llegado a nuestros días, ni se tiene noticia de los dos *regnícolas* que le compusieron. De todos modos, la diversión tardaba en aclimatarse, puesto que todavía el 20 de marzo de 1778 podía decir el Obispo de Santiago, don Manuel de Alday y Aspe, al presidente Jáuregui, oponiéndose al establecimiento de un teatro estable: "en esta ciudad sólo han representado comedias muy de tarde en tarde, y por unos pocos días, sirviendo algunos muchachos para los papeles de mujer". Por entonces triunfó la oposición del Obispo, basada en el dictamen de los teólogos más rígidos; pero el 9 de enero de 1793, el cabildo de Santiago acordó que "se estableciese por asiento una casa pública de comedias".

Con todo eso, hasta la época del último presidente español, D. Casimiro Marcó del Pont, entusiasta aficionado a los espectáculos escénicos y a las actrices, tales acuerdos no lograron entero cumplimiento, ni hubo en Chile teatro donde los espectadores pudieran estar bajo techo.

La caída del régimen colonial marca en Chile, como en las demás repúblicas de América, una división en la historia literaria. Con el movimiento inaugurado el 18 de septiembre de 1810, se abre el segundo período de la literatura chilena. Los principales representantes de la poesía revolucionaria en este período son Camilo Henríquez y D. Bernardo de Vera y Pintado <sup>34</sup>. Los versos de uno y otro no pertenecen en rigor al arte, sino a la historia de las agitaciones políticas.

Camilo Henríquez, llamado comúnmente el *fraile de la buena muerte*, era, en efecto, un fraile apóstata de la congregación de los Agonizantes, nacido en Valdivia y educado en el Perú, donde se había entregado ávidamente a la lectura de los libros de los enciclopedistas franceses que empezaban a correr de contrabando en los conventos de Lima como en los de la Península. Rousseau, principalmente, fué su ídolo, y a las doctrinas del *Contrato Social* quiso ajustar todos los actos de su vida pública, cuando de improviso le lanzó en ella el torbellino de la revolución americana, a la cual sirvió, como ahora dicen, *de verbo*. El fué el primero que en una proclama de 6 de enero de 1810, que circuló profusamente manuscrita, lanzó sin ambages la idea de independencia, que sólo tímidamente se aventuraban a insinuar los que pasaban por más resueltos, y que el mismo Blanco (White) impugnaba todavía en *El Español* de 1811. El predicó en la catedral de Santiago el sermón de 4 de julio de 1811, con ocasión de la apertura del primer Congreso chileno. El fundó en 1812 el primer periódico de aquella región, *La Aurora de Chile* <sup>35</sup>, y posteriormente el *Monitor Araucano*, con-

<sup>33</sup> Vid. *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, por Miguel Luis Amunátegui. (Santiago de Chile, 1888, pág. 22).

Con especial agrado empiezo a utilizar desde ahora las doctas y amenas investigaciones de mi difunto amigo D. Miguel Luis Amunátegui, que es sin duda el escritor a quien más ilustración debe la historia literaria de Chile,

<sup>34</sup> Vid. *La Alborada poética en Chile después del 18 de septiembre de 1810*, por D. Miguel Luis Amunátegui. (Santiago de Chile, 1892).

<sup>35</sup> Tengo a la vista una colección completa de este rarísimo periódico, quizá la única que existe en España.

tinuando además el *Semanario Republicano*, cuyos doce primeros números había escrito el guatemalteco D. José Antonio de Irisarri. El redactó en gran parte la primera Constitución chilena (27 de octubre de 1812). Su fanatismo liberal no tenía límites; había ideado un sistema de misiones para propagar de pueblo en pueblo los nuevos ideales, y compuso un *Catecismo de los patriotas*, para que sirviese de guía a los tales misioneros.

Después de la victoria de Rancagua y el restablecimiento del Gobierno español, Camilo Henríquez emigró a Buenos Aires, donde, abandonando por completo el hábito clerical, se hizo médico, y redactó por algún tiempo la *Gaceta de Buenos Aires*, y más adelante una revista, *El Censor*. Consolidada ya la Independencia de Chile después de las jornadas de Chacabuco y Maipo, Henríquez pudo regresar a Chile bajo los auspicios del dictador O'Higgins. Entonces fundó *El Mercurio de Chile*, revista de economía política y derecho público; trabajó activamente en la difusión del sistema lancasteriano de enseñanza mutua, y fué Secretario de la Convención de 1822 y del Senado que la sucedió, después de la caída de O'Higgins. Pero el continuo alarde que hacía de sus ideas antirreligiosas, todavía exóticas en Chile, y la parte que tuvo como senador en el proyecto de *reforma eclesiástica* de 1823, inspirado por él, de D. Juan Antonio Llorente, excitaron contra él la animadversión pública, y le mantuvieron en posición obscura y subalterna hasta su fallecimiento, ocurrido el 16 de marzo de 1825.

Si el arte presume el culto de la belleza, nunca hubo autor menos artista que Camilo Henríquez. En prosa escribía con cierto calor tribunicio; pero fué, sin duda, detestable poeta. Parece imposible que sus rencores de sectario no le dictasen alguna vez imprecaciones enérgicas, sacándole de la esfera vulgar y ruin en que se movía.

Había tomado por modelos a los autores más prosaicos del siglo XVIII, a Iriarte en el *Poema de la Música* y a Trigueros en *El Poeta Filósofo*, y consiguió darles quince y raya en cuanto prosaísmo, pero con la desventaja de ser Trigueros, y sobre todo Iriarte, correctos en la metrificación, al paso que los versos de Camilo Henríquez además de lo desmayado y trivial de los pensamientos, están llenos de groseras

faltas prosódicas, que denuncian una educación literaria y gramatical por todo extremo deficiente. De Trigueros tomó la forma de los que llamaba *pentámetros*, y son pura y simplemente alejandrinos pareados a la francesa, de este tenor:

"Los talentos de Chile yo te ví que aplaudías;  
Pero su sueño y ocio sempiterno sentías.  
Nuestra juventud hábil, graciosa y bien dispuesta,  
Conserva aún tristemente en inacción funesta  
El ánimo sublime. Ya la época presente  
La llama a grandes cosas y a iluminar su mente...

.....  
¡Quién pudiera del genio seguir la marcha augusta  
Y de sus beneficios dar una idea justa!  
Ve Urania ser la tierra uno de los planetas;  
Los réditos predice de los tardos cometas,  
Y al fin de sus fatigas por preceptos muy fieles,  
Con rara certidumbre dirige los bajeles...  
¡Oh, cuán rica aparece y con cuánta belleza,  
Ornada de trofeos de la naturaleza,  
La química, alta gloria de la época presente..."

La *Exhortación al estudio de las ciencias*, de donde están entresacados estos versos, es una de las poesías más antiguas de Henríquez, y se publicó en *El Mercurio Peruano* con el seudónimo de *Cefalio*. Por entonces hizo también algunos versos latinos, no mucho mejores que los castellanos<sup>36</sup>.

Pero el género que cultivó con predilección fueron los himnos patrióticos; y entre los muchos malos que entonces se compusieron en América, y son otros tantos atentados contra la poesía y contra la música, no los hubo peores que los suyos, porque era imposible tener peor oído ni desconocer en tanto grado la noción del acento. Véase una muestra de estos desapapibles graznidos:

"Aplaudid, aplaudid a los héroes  
Que a la patria el cielo otorgó.  
Por su esfuerzo se elevó gloriosa  
A la dicha que nunca esperó.

Coronada de olivas se ostenta,  
Llena de gloria y de bendición.  
Venid, pueblos, volad a su seno:  
Cayó el muro de la separación.

Al Sud fuerte le extiende los brazos  
La patria ilustre de Washington:  
El Nuevo Mundo todo se reune  
En eterna confederación.

.....  
<sup>36</sup> Amunátegui transcribe unos exámetros destinados a conmemorar el aniversario de la proclamación de la Independencia de los Estados Unidos.

Volverán de la paz las dulzuras;  
 Cesará de Belona el furor;  
 Se oirán de la sabiduría  
 Los consejos y la amable voz.  
 Dictará las sacrosantas leyes  
 De la más justa Constitución.  
 Tales son de la patria los votos  
 Y deseos de su corazón..."

Quando no hacía himnos, hacía proclamas rimadas, en las cuales alguna vez tiene arranques menos infelices:

"En la triste obscuridad, pobres colonos,  
 Por tres centurias os miró la tierra,  
 Indignada del bajo sufrimiento  
 Que toleraba oprobios y miserias...  
 ¿Sois hombres? Pues sed libres; que los cielos  
 Al hombre hicieron libre. Sus eternas  
 E imprescriptibles leyes lo prescriben,  
 ¡Y la razón lo dicta y manifiesta!...  
 Si da derecho lo conquista, somos  
 Sólo nosotros dueños de estas tierras,  
 Pues todos somos, sin haber disputa,  
 De los conquistadores descendencia...  
 ¿Hasta cuándo en papeles miserables  
 Se buscan los derechos? La suprema  
 Mano los escribió en los corazones:  
 Esta es la voz de la naturaleza...  
 En donde en otro tiempo el yugo indigno  
 De servidumbre se sufrió por fuerza,  
 Hoy de la libertad republicana  
 El estandarte tricolor se eleva...  
 El estruendo que formen al romperse  
 Vuestros pesados grillos y cadenas,  
 ¡Cuánta consolación, cuánta esperanza  
 Derramará en los pueblos que os contemplan!  
 De libertad los triunfos no acompañan  
 Ni suspiros, ni lágrimas, ni quejas,  
 Las alegrías sí, de los tiranos,  
 ¡Cuántos clamores, cuántos llantos cuestan!  
 Cuando de la opresión cae un coloso,  
 Toda la especie humana se consuela:  
 Los nobles gozos de los pueblos libres  
 La razón preconiza y los celebra..."

Este trozo de romance endecasílabo no está exento, en verdad, de defectos bien obvios y palpables, pero tiene cierta nobleza y robustez, y es cierto que la pobre musa del fraile Henríquez nunca se elevó a mayor altura. Una sola excepción hay que hacer, muy notable por ciento, puesto que es la única poesía suya que corre sin tropezones; pero en ella no pertenece a Henríquez el pensamiento, puesto que es mera traducción del himno nacional de los Estados Unidos, "Hail great Republic of the world", aunque aplicado a Buenos Aires:

"¡Salve, gloria del mundo, República naciente,  
 Vuela a ser el imperio más grande de Occidente!  
 ¡Oh patria de hombres libres, suelo de libertad!  
 Que tus hijos entonen, de vides a la sombra,  
 Y entre risueñas fuentes sobre florida alfombra:  
 ¡Oh patria de los libres, suelo de libertad!  
 Que canten tus hijuelos con balbucientes labios,  
 Y enseñen a los pueblos en la vejez sus sabios:  
 ¡Oh patria de hombres libres, suelo de libertad!  
 Tus ángeles custodios te cubran con sus alas,  
 Y unidas las naciones en fe y amistad pura,  
 Salúdente con lágrimas, lágrimas de ternura;  
 ¡Oh patria de hombres libres, suelo de libertad!"

Compuso, además, Camilo Henríquez bastantes letrillas satíricas, sin chiste ni espontaneidad alguna, pero dirigidas al mismo fin político que el resto de sus obras; y, por último, aborció, con éxito todavía más infeliz, el teatro, que él no rechazaba en absoluto como Rousseau, sino que aspiraba a convertir en instrumento de propaganda cívica. "Yo considero el teatro únicamente como una escuela pública (decía)... *La musa dramática es un gran instrumento en las manos de la política...* Entre las producciones dramáticas, la tragedia es la más propia de un pueblo libre, y la más útil en las circunstancias actuales... *para inspirar odio a la tiranía y desplegar toda la dignidad republicana*".

En consecuencia con esta absurda poética compuso tres dramas, tan atestados de declamaciones como pobres de acción y de interés, *Camila o la patriota de Sud-América*, *La Inocencia en el asilo de las virtudes*, y *Lautaro*. Ninguna de ellas se representó, y las dos últimas ni siquiera llegaron a imprimirse. El público americano no se había acercado bastante al estado de la naturaleza que para él deseaba Henríquez, y prefería a sus soporíferos sermones democráticos aquellos otros espectáculos que Henríquez llamaba "fútiles, enervantes, afeminado" tales como *El Sí de las Niñas*, que a los ojos del ex fraile era "una inmoralidad y una bufonada, tolerable sólo en pueblos estúpidos y bribones".

El otro poeta patriótico de aquella época, casi tan malo como fray Camilo, no había nacido en Chile, sino en comarcas que hoy son argentinas, en la ciudad de Santa Fe de la Veracruz, a orillas del Paraná; pero es imposible omitirle aquí, porque fué autor del himno nacional chileno, que todavía sigue cantándose, aunque creo que con algunas modificaciones, las cuales

dudo que literariamente le hayan mejorado mucho. Lo más discreto, en nacionalidades ya adultas y formales, como Chile y otras de América, sería renunciar a todos esos himnos que en el concepto poético nada valen y que producen el grave daño de renovar anualmente odios que son para olvidados. Ninguna de las grandes naciones de Europa tiene himno, ni necesita conmemorar el aniversario de su fundación ni de su Independencia quemando fuegos artificiales y cantando disparates mal acentuados. No pueden decir los americanos que en esta parte les hayamos dado mal ejemplo, porque en España no se conmemora más que una fecha patriótica, y esa no es un trinfo, sino un martirio.

El autor de la canción nacional chilena fué un profesor de Jurisprudencia, D. Bernardo de Vera y Pintado, discípulo de las Universidades de Córdoba de Tucumán y de Santiago de Chile. De carácter más ameno y regocijado que Camilo Henríquez, no tenía escrúpulo en componer versos festivos, amorosos y báquicos, distinguiéndose mucho en la improvisación y en los brindis viniendo a ser en pequeño el Arriaza de las tertulias de la colonia. Pero después del 18 de septiembre de 1810, el Dr. Vera, convertido en revolucionario muy activo, trocó las rosas de Erato por la oliva de Minerva, como se decía en el estilo mitológico de aquella era; comenzando por plantar en una de las ventanas de la casa del cabildo de Santiago un cartel con enormes chafarrinones que contenían la primera oda patriótica que se vió en Chile. El procedimiento de exhibición no podía ser más primitivo, pero tampoco más seguro, para atraerse lectores. Colaboró después en *La Aurora de Chile*, y por su fama de repentista fué personaje obligado en todas las fiestas y banquetes patrióticos de entonces. El y Fr. Camilo, cubiertos siempre con el gorro frigio, se sentaban a la cabecera de la mesa y cantaban alternativamente como dos rapsodas, a cual más ronco y destemplado. En calidad de Auditor general de guerra del ejército de los Andes asistió Vera a la batalla de Chacabuco en 1817, y en 1819 recibió el encargo de escribir la *canción patriótica* que habían de cantar los coros en el aniversario del 18 de septiembre. Para satisfacer la curiosidad de los muchos españoles que seguramente no conocerán el

primitivo himno nacional chileno, transcribiremos algunas estrofas, pésimas, sin duda, como poesía, pero que tienen, como todas las de su clase, el valor de un documento histórico:

“Dulce patria, recibe los votos  
Con que Chile en tus aras juró,  
Que o la tumba será de los libres,  
O el asilo contra la opresión.

Ciudadanos, el amor sagrado  
De la patria os convoca a la lid.  
Libertad es el eco de alarma;  
La divisa triunfar o morir.

El cadalso o la antigua cadena  
Os presenta el soberbio español...  
Arrancad el puñal al tirano;  
Quebrantad ese cuello feroz...

Habituaros quisieron tres siglos  
Del esclavo a la suerte infeliz,  
Que al sonar de sus propias cadenas,  
Más aprende a cantar que a gemir.  
Pero el fuerte clamor de la patria  
Ese ruido espantoso acalló,  
Y las voces de la independencia  
Penetraron hasta el corazón...

.....  
Los tiranos en rabia encendidos  
Y tocando de cerca su fin,  
Desplegaron la furia impotente,  
Que, aunque en vano, se halaga en destruir.  
Ciudadanos, mirad en el campo  
El cadáver del vil invasor...

¡Qué perezca ese cruel, que el sepulcro  
Tan lejano a su cuna buscó!

Esos valles también ved, chilenos,  
Que el Eterno quiso bendecir,  
Y en que ríe la naturaleza  
Aunque ajada del déspota vil.  
Al amigo y al deudo más caro  
Sirvan hoy de sepulcro y de honor.  
Mas la sangre del héroe es fecunda,  
Y en cada hombre cuenta un vengador.

Del silencio profundo en que habitan  
Esos manes ilustres oid  
Que os reclaman venganza, chilenos,  
Y en venganza a la guerra acudid.  
De Lautaro, Colocolo y Rengo  
¡Reanimad el nativo valor,  
Y empeñad el coraje en las fieras  
Que la España a extinguirnos mandó.

Esos monstruos que *cargan* consigo  
El carácter infame y servil,  
¿Cómo pueden jamás compararse  
Con los héroes del cinco de Abril?  
Ellos sirven al mismo tirano  
Que su ley y su sangre burló;  
Por la patria nosotros peleamos,  
Nuestra vida, libertad y honor...”<sup>37</sup>

<sup>37</sup> Tengo entendido que el moderno y apreciable poeta D. Eusebio Lillo compuso en 1874 un nuevo himno que oficialmente sustituyó al antiguo, aunque todavía éste siguió cantándose. Ya he indicado antes lo que pienso de toda esta literatura de los himnos; pero a lo menos el del Sr. Lillo no tendrá faltas métricas como el de Vera,

El Dr. Vera, lo mismo que Camilo Henríquez, trabajó alguna vez para el teatro, en varias loas y otras composiciones de circunstancias, siempre con la mira de "imbuir espíritu de independencia y libertad"<sup>38</sup>. Pasaba por volteriano y fué uno de los pocos que se pusieron de parte de Camilo Henríquez cuando, a consecuencia de haber llamado el ex fraile a Voltaire, Rousseau y Montesquieu "los apóstoles de la razón que han lanzado al Averno la intolerancia y el fanatismo", saltó contra él a la palestra el dominico Dr. Tadeo Silva en el *Aviso del Filósofo Rancio*, en *Los Apóstoles del Diablo*, y en *El Observador Eclesiástico*.

Con mejor gusto y más letras que Camilo Henríquez y el Dr. Vera cultivaban por entonces la poesía, a título de meros aficionados, dos personajes políticos de mucho viso e influencia: D. Ventura Blanco Encalada, de quien ya se ha dado razón al hablar de los poetas de Bolivia, a cuya región pertenece por su nacimiento; y el limeño D. Juan Egaña, a quien sus tareas de estadista y legislador, autor de Constituciones y Proyectos de ley, y hasta del Censo General de Chile, no impidieron desempeñar por muchos años la enseñanza elemental de retórica y poética en el Instituto Nacional de Santiago, y ensayar no sólo la poesía lírica, sino la dramática. Suya es la más antigua obra escénica impresa en Chile; una traducción libre y modificada de la *Cenobia*, de Metastasio, con este título: *Al Amor vence el deber. Melodrama para cantar o representar: en obsequio de la ilustre Marfisa*. Del mismo Metastasio tradujo la famosa canción *Nise o la perfecta indeferencia* (*Grazie a gli ingannituo!*), que ya antes, y con bien poca fortuna, había puesto en castellano Meléndez. Quedan los títulos de otras piezas teatrales de Egaña: dos comedias: *La porfía contra el desdén* y *El amor no halla imposibles* y tres sainetes: *Polifronte o el*

*valor ostensible, El marido y su sombra y Amor y gravedad*<sup>39</sup>.

Tan desmedrada vivió la poesía en Chile durante el período revolucionario. Mientras en otras partes cantaban un Olmedo, un Bello, un Heredia, en Chile no hubo ni siquiera un versificador comparable a Fernández Madrid o a Sánchez de Tagle. Los chilenos lo confiesan sin ambages y por lo mismo que luego han adelantado tanto y que en ciertos puntos van a la cabeza de la cultura americana, no tienen reparo en añadir que esta pobreza se extendía a todas las manifestaciones del espíritu, y que Chile era positivamente la más atrasada de todas las nacientes repúblicas hispanoamericanas. La Universidad de San Felipe no era más que una sombra, y el *Instituto Nacional*, organizado en 1813 y restablecido en 1819, no pasaba de ser una escuela normal con mezcla de seminario. La clase llamada de *elocuencia e historia literaria general*, se reducía a aprender de memoria el compendio de las *Lecciones* de Blair formado por D. José Luis Munárriz. Como temas de oratoria solían darse a los alumnos el elogio del general (sic) araucano Lautaro y otros análogos. Hacíanse, sin embargo, loables aunque lentos esfuerzos para reponer otros estudios y darles sólida base. Durante el rectorado del ingeniero francés Carlos Lozier, se reformó la enseñanza de las matemáticas y de la física. Mas adelante, D. José Miguel Varas y D. Ventura Marín, dieron más amplitud a los estudios filosóficos, primero sobre la base de la ideología de Destutt-Tracy y luego sobre el sensualismo mitigado de Laromiguière, de donde el segundo de ellos pasó luego a la filosofía escocesa, recibiendo además la influencia kantiana, aunque indirectamente y por medio de Cousin.

Pero el progreso literario continuaba muy rezagado respecto del científico, y así permaneció hasta que tres hechos capitales vinieron a despertar la actividad dormida. Estos tres hechos fueron la estancia de D. José Joaquín de Mora desde 1828 a 1831;

<sup>38</sup> Amunátegui en *La alborada poética* (págs. 387-395) transcribe una que sirvió de introducción a la tragedia de *Guillermo Tell* (¿de Lemierre?), representada en Santiago la noche del 12 de febrero de 1820.

<sup>39</sup> Vid. *Los primeros años del Instituto Nacional* (1813-1835), por Domingo Amunátegui Solar (Santiago de Chile, 1889, págs. 37-69 y 93-103), donde se contienen muchos datos sobre Egaña, como reformador de la enseñanza y autor de planes pedagógicos.

el establecimiento en Chile y el largo magisterio de D. Andrés Bello, desde 1829; y la emigración de algunos escritores argentinos, fugitivos de la tiranía de Rosas, en 1841.

El gaditano Mora, de cuyas posteriores andanzas en el Perú y en Bolivia tenemos ya alguna noticia, llegaba a Chile de Buenos Aires, a donde le había traído en 1826 el gran gobernante Rivadavia para que redactase el periódico oficial. Envuelto en la caída de aquel Presidente, de cuya política había sido acérrimo defensor, recibió honrosa invitación del Gobierno de Chile para pasar a aquella República y "emplearse en objetos de utilidad pública". Aceptó la invitación y el puesto de Oficial Mayor de la Secretaría de Estado, y llegó a Santiago precedido de la fama literaria que le habían granjeado en toda América española los numerosos libros y periódicos que para ella había publicado en Londres. En Chile la prodigiosa actividad de Mora tuvo las más diversas manifestaciones. Afiliado en el partido radical, del cual llegó a ser ídolo, redactó la Constitución de 1828 y varias leyes, entre ellas la de Imprenta, convirtiéndose (como se ha dicho con gracia) en el Solón de aquella incipiente República. Bajo los auspicios del presidente Pinto, y con amplios auxilios oficiales, abrió un grande establecimiento de educación, el *Liceo de Chile*, y compaginó para él una serie de libros elementales de Gramática latina, Derecho natural y de gentes, Derecho romano, Geografía descriptiva y otras materias, de las más variadas y heterogéneas. El plan de estudios de aquel colegio, que en la parte científica dirigía otro español, D. Andrés Antonio de Gorbea, comprendía las matemáticas, desde la aritmética hasta los cálculos diferencial e integral; la física, la química y la astronomía. La enseñanza de las humanidades aparecía perfectamente graduada en cinco años, dándose especial importancia a la lectura y análisis de los clásicos latinos y castellanos, y alternando este estudio con nociones de historia, literatura española, ideología y economía política, que se explicaba por el tratado de James Mill. Quizá Mora, que era el alma del colegio, no tenía más que superficiales conocimientos de muchas de estas materias; pero sí y todo, su nivel científico era tan superior al del país en que había ido

a establecer su cátedra, y era tan nueva y amena su forma de exposición y enseñanza, que debió de ser, y fué en efecto, recibido como un prodigio. Al mismo tiempo fundaba *El Mercurio Chileno*, la primera revista digna de tal nombre que apareció en aquella República; escribía de política en *El Constituyente*; daba al teatro huérfano entonces de autores y de actores, dos comedias, *El Marido ambicioso* (imitación de Picard) y *El Embrollón*, y publicaba innumerables versos, muchos de los cuales no fueron recogidos en ninguna de sus dos colecciones poéticas, no porque en mérito cedan a las restantes, sino por motivos de índole política y personal. Mora era entonces muy revolucionario y muy mal español, hasta el punto de haber aceptado carta de ciudadanía en Chile; y cuando el tiempo vino a modificar sus ideas, puso grande empeño en hacer olvidar o ignorar en España esta parte de su vida, tan brillante bajo el aspecto literario como desastrosa bajo el político.

Ya hemos tenido ocasión de advertir que Mora, excelente poeta en la narración joco-seria, en la sátira y en la fábula, no pasa de ser un versificador primoroso, aunque frío y amanerado, en el género lírico, propiamente dicho. Pero son tales sus recursos técnicos, que llega a disimular la inspiración que le falta; y de todas suertes, sus versos, sonoros y nutridos, aventajaban de tal modo a todos los que se habían oído en Chile desde el remotísimo tiempo de Pedro de Oña, que no nos maravilla el entusiasmo con que fué recibido, por ejemplo, el *Canto fúnebre* en honor de los hermanos Carrera, o la epístola a Martínez de la Rosa, donde se leen estancias de tan noble y sostenido tono como la siguiente:

Ya es tiempo de que imprima  
 Tu genio al arte hispano impulso noble  
 De más alta ambición. Cual alza el roble  
 Frondosos brazos, sólidos, robustos,  
 Sobre humildes arbustos,  
 Tal erguido descuella  
 Entre los vates de tu edad. Dirige  
 Tu vuelo raudo a las mansiones bellas,  
 Do la meditación callada rige  
 Los pasos del altivo pensamiento,  
 Y presta le conduce  
 De portento en portento;  
 Do inmaculado el claro nombre luce  
 Del cantor de Ilión, y el grande Urbino  
 Tomó el pincel divino;

Donde a Bacon se descubrió el arcano  
 Del espíritu humano,  
 Y al Dante adusto la región umbrosa.  
 ¿Qué aguardas? Afanosa  
 La humanidad, cual si escondido numen  
 Con celeste vigor la enfureciera,  
 Avanza y precipita su carrera.  
 En sed de grandes cosas se consumen  
 Los pueblos agitados,  
 Los climas apartados,  
 Las soledades mudas,  
 Donde imperaba el Austro, do vivían  
 Tribus dispersas, rudas;  
 Los incógnitos llanos que aturdían  
 Del Ohío las corrientes turbulentas  
 Se cubren de ciudades opulentas:  
 Ya no hay barreras para el hombre. El Noto  
 Desencadena en vano sus rugidos,  
 Y en vano entumecidos  
 Se abren los senos de Anfitrite airada:  
 Tranquila en tanto al Hindostán remoto  
 Boga la nave, cuyas fuerzas mueve,  
 Por la anchura irritada,  
 Vapor activo y leve  
 Que ponderosa construcción oprime.  
 Canta en eco sublime  
 Tanto prodigio, y la grandiosa escena  
 Que abre la industria a la ventura humana,  
 Distribuyendo en la región lejana,  
 Antes de errores y miseria llena,  
 Con el fruto sutil de sus telares  
 De las ciencias los puros luminaires...

Mora, que después fué tan enemigo de los versos sueltos, y con tan fútiles razones intentó desacreditarlos, los hacía entonces con facilidad suma. Así lo prueba, aunque no honre mucho sus sentimientos patrióticos, la alocución que compuso para que fuese recitada en el teatro, en el aniversario del 18 de septiembre.

Cetro rompimos que a la vez pesara  
 Sobre la fértil vega donde gira  
 Pomposo el Eridano, y en los montes  
 De anahuac opulento, en el alcázar  
 Del potente califa, y en la margen  
 Del agitado Magdalena; cetro  
 Que envolvió en sus tinieblas espantosas  
 El maléfico error; cetro manchado  
 En sangre de oprimidos, y cubierto  
 Con maldición y lloros. Lo rompimos,  
 Y en su lugar lozana, victoriosa,  
 Se alza la libertad, cual castigada  
 De Tarquino la audacia se alzó en Roma  
 Con austeras virtudes, y ceñida  
 De inflexible vigor; cual en Atenas,  
 Grata al comercio y al saber, y ansiosa  
 De gloria y de esplendor, cual en la orilla  
 Del Delawar, modesta, infatigable,  
 Dócil al eco del precepto justo  
 Del genio y de las artes protectora...

¡Hijas del cielo! ¡Leyes venturosas!  
 Reinad incommovibles; a raudales  
 Verted dicha, reposo y opulencia  
 Sobre el pueblo sumido. ¡Qué a la sombra  
 De vuestra égida, rompa el duro arado  
 Nuevas llanuras, y su faz adornen  
 Opimos frutos y dichosas gentes!  
 Cubra el mar de Occidente, flameante  
 La tricolor bandera, y con los frutos  
 Del suelo patrio, a la región opuesta,  
 Que Chile es grande y poderosa anuncie.  
 La ciencia triunfe del error, y ensanche  
 La existencia mental, y purifique  
 Nuestra mansión espléndida, y transforme  
 Su voz potente en plácidos canales  
 La vertiente espumosa, los desiertos  
 En vastos focos de labor activa,  
 Y el patrio hogar en templo de virtudes...

La posición de Mora en Chile podía ser para algunos envidiable, pero estaba cercada de peligros que él, con la viveza e impetuosidad propias de su carácter y con la soltura de lengua de que entonces adolecía, pareció como que se complaciese en acumular sobre su cabeza. La experiencia de lo que le había pasado en Buenos Aires no había sido suficiente escarmiento para que dejase de tomar parte muy activa en las luchas de un país al cual sólo por adopción pertenecía, y en el cual realmente todo el mundo le consideraba como extranjero. Servía de instrumento a los liberales, pero al mismo compás que crecía la admiración de éstos, iba cosechando odios inextinguibles en el bando opuesto de los conservadores, a quienes en Chile llamaban por aquellos años pelucones. Este partido, al cual pertenecía el nuevo director del Instituto Nacional, el presbítero D. Juan Francisco Meneses, antiguo y fervoroso realista, y adicto en todo a las tradiciones de la colonia aun después de haber pasado al servicio de la joven República, declaró la guerra al Liceo de Mora y a su enseñanza. Apoyando en contra de él, primero a ciertos profesores franceses que trajo D. Pedro de Chapuis, por el sistema de *contrata* de sabios extranjeros, adoptado a la sazón en Chile, y que no sé si enteramente ha desaparecido a pesar de los grandes progresos ulteriores de la cultura indígena; y luego al ilustre fundador del Colegio de Santiago, D. Andrés Bello, traído de Londres, también por contrata, en 1829, y oficial en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Nacieron de aquí agrias e interminables polémicas en que Mora triunfó sin gran dificultad de la que él llamaba

colonia de sabios o *barcada* de profesores franceses, los cuales no llegaron a entenderse con Mr. Chapuis ni a cobrar sus sueldos ni a plantear el proyectado colegio, si bien la mayor parte de ellos pasaron al *de Santiago*, primero bajo la dirección del clérigo Meneses, y luego bajo la de Bello. Pero su furor se estrelló contra la ciencia de éste, más sólida y positiva que la suya; y aunque la polémica entablada entre ambos tuvo mucho de pueril y versó únicamente sobre *tiquis-miquis gramaticales*, degenerando en torneo pedantesco <sup>40</sup>, Mora no llevó la mejor parte; quedó maltrecho en la opinión, acabó de granjearse enemigos con la intemperancia de sus contestaciones, perdió los auxilios oficiales que se daban al Liceo, tuvo que cerrarle, y exasperado con su derrota, se lanzó ciegamente en la oposición más radical y facciosa contra el presidente Ovalle y el verdadero jefe de los conservadores, D. Diego Portales. Pero este ilustre hombre de estado, el gobernante más enérgico que ha tenido Chile, no era de los que sufren con paciencia los atentados contra el principio de autoridad; así es que después de haber perseguido judicialmente a Mora y sus periódicos, acabó por prenderle y expulsarle del país. Mora, que tenía especial habilidad para componer letrillas casi tan buenas como las de Bretón, tomó de sus adversarios el mejor desquite que en su situación cabía, lanzando contra Ovalle y Portales aquella tan chistosa de *El uno y el otro*, que todavía muchos chilenos repiten de coro:

Quitándonos el sombrero  
Gritaremos a la par:  
¡Felices noches, don Diego!  
¡Abur, don José Tomás!

En Lima, donde Mora encontró refugio y protección, estableció un nuevo colegio, dió a luz nuevos libros y continuó desatándose en denuestos, no ya contra el partido conservador, sino contra todos los chilenos en general, a quienes llamaba "*bipedos de la Beocia americana*", calificán-

dolos, además, de "potros y potrancas a quienes había tenido que domar". El mismo se arrepintió más adelante de estas injurias dictadas por la exasperación del momento; se reconcilió con su antiguo adversario D. Andrés Bello, mantuvo con él amistad no rota sino por la muerte, y divulgó más que nadie en España las nuevas de la prosperidad y del desarrollo de Chile. El pueblo chileno olvidó también sus agravios con la generosidad propia de los fuertes, y hoy coloca el nombre de Mora entre los de sus instituciones más preclaros <sup>41</sup>, pues aunque su enseñanza duró poco, removió mucho los espíritus, dejando profunda huella en alguno tan reflexivo como el de Lastarria, que se preció siempre de haber sido discípulo predilecto del que en Chile llamaban el Gallego, aunque fuese andaluz, como queda dicho.

La influencia de Bello fué, sin embargo, mucho más profunda y saludable que la de Mora. No pertenece a este lugar la apreciación de los méritos de aquel varón extraordinario a quien ya procuramos dar a conocer en el estudio relativo a Venezuela; Bello, como poeta no pertenece a Chile; sus dos composiciones magistrales y características, la *Alocución a la poesía*, la *Silva a la agricultura en la zona tórrida*, estaban escritas y publicadas en Londres desde 1823 y 1825, respectivamente. En Chile hizo pocos versos, y más bien traducidos que originales. En cambio, a la educación de Chile dedicó los frutos de la madurez de su entendimiento y de su cultura científica. Aquella República le debió el *Código Civil*, los *Principios del Derecho de Gentes*, la *Gramática Castellana*, y con ella el inapreciable bien de la conservación de la integridad del idioma; los *Principios de Ortología y Métrica*, todavía no superados hasta hoy; la *Filosofía del entendimiento*, y con ella la propagación de las sabias y templadas enseñanzas de la psicología escocesa; la organización de la Universidad sobre el modelo de las de Inglaterra; y dominándolo todo, un alto y severo espíritu de disciplina moral y jurídica, que ha sido el más duradero fruto de su enseñanza.

<sup>40</sup> Rompió el fuego Mora con una *oración inaugural* de la clase de oratoria del Liceo de Chile. La censuró Bello en una serie de artículos insertos en *El Popular*. Replicó Mora en tres papeles sueltos, firmados por los alumnos de oratoria del Liceo.

<sup>41</sup> Don José Joaquín de Mora, *Apuntes biográficos por Miguel Luis Amunátegui*. (Santiago de Chile, 1888).

Bello no había ido a Chile a formar poetas, ni se le llamaba para eso. Lo primero que hizo fué abrir cátedra de Gramática castellana, que era lo más urgente, para que con el tiempo pudiesen florecer poetas y prosistas. "Había pocos países en la América Española —dice Amunátegui<sup>42</sup>— donde se hablara y escribiera peor que en el nuestro; aun las personas más condecoradas, las que ocupaban los primeros puestos en la República, cometían a cada paso las faltas de lenguaje más groseras y ridículas. Podía decirse sin exageración que aquella era una jergonza de negros"<sup>43</sup>.

Bello transformó todo esto en menos de diez años, ya con su enseñanza en el *Colegio de Santiago* y en su propia casa, ya con aquel otro género de magisterio que ejercía desde las columnas oficiales de *El Araucano*. "La gramática nacional —decía— es el primer asunto que se presenta a la inteligencia del niño, el primer ensayo de sus facultades mentales, su primer curso práctico de raciocinio; es necesario, pues, que todo dé en ella una acertada dirección a sus hábitos; que nada sea vago ni obscuro; que no se le acostumbre a dar un valor misterioso a palabras que no comprende; que una filosofía, tanto más difícil y delicada cuanto menos ha de mostrarse, exponga y clarifique de tal manera los hechos, esto es, las reglas del habla, que, generalizándose, queden reducidas a la expresión más sencilla posible... Hay muchos que creen que el estudio de la lengua nativa es propio de la primera edad, y debe limitarse a las escuelas de primeras letras. Los que así piensan no tienen una idea cabal de los objetos que abraza el conocimiento de una lengua, y del fin que deben proponerse estudiándola. El estudio de la lengua se extiende a toda la vida del hombre, y se puede decir que no acaba nunca".

"La influencia del magisterio de Bello (dice Lastarria) fué inmensa en aquella época, fué casi una dominación"<sup>44</sup>. Pero

como todas las dominaciones, no dejó de ser combatida. El espíritu de anarquía, no ya sólo literaria sino lingüística, levantó la cabeza contra la dictadura de Bello, en las producciones de varios escritores argentinos (Gutiérrez, Alberdi, López, Sarmiento), a quienes la tiranía política de su país forzado a buscar asilo en Chile en 1840. Eran algunos de ellos ingenios brillantes, de ardiente fantasía, que contrastaba con la imaginación un tanto apocada y tímida de los chilenos; pero su educación había sido enteramente francesa, su espíritu político era el de la revolución del 89, su literatura la del romanticismo francés; su odio a todo lo español rayaba en manía; hacían alarde y gala de ignorar nuestra literatura y de hablar pésimamente nuestra lengua, y ni sentían, ni pensaban, ni leían más que en francés. Aun el mismo Gutiérrez, que había recibido educación clásica y era bastante correcto en la dicción, y comenzaba ya a ocuparse en investigaciones eruditas sobre la poesía colonial, no difería de los demás en cuanto al fondo de las ideas, aunque sí en la manera de expresarlas. Pero el principal representante de la demagogia literaria era el famoso maestro de escuela y futuro Presidente de la República Argentina, D. Domingo Faustino Sarmiento, conocido aun en España por la tremenda aunque merecida sátira de Villergas, *Sarmenticidio, o a mal sarmiento buena podadera*.

Era Sarmiento hombre originalísimo y excéntrico, así en su persona como en sus ideas y en su estilo, que adolecían de todos los defectos inherentes a su educación vagabunda y desordenada, y a lo cerril e indómito de sus tendencias nativas, las cuales le arrastraban a ser una especie de gaucho de la república de las letras, intemperante, desmandado y sin freno en nada. Además, comenzaba a escribir entonces; y su gusto, que no llegó a formarse nunca, estaba virgen de toda influencia extraña que pudiera modificarle. Aquel estro bravo y poderoso que había de inspirar las páginas calenturientas de *Facundo Quiroga*, de los *Recuerdos de provincia* y de la *Campaña del ejército grande*, ardía ya en el cerebro de Sarmiento: pero no había logrado aún la forma de expresión, selvática sin duda, pero arrogante, apasionada y pintoresca, que realza aquellos libros, los más originales quizá de la literatura ame-

<sup>42</sup> Página 156 de la biografía de Mora.

<sup>43</sup> *Vida de D. Andrés Bello, por Miguel Luis Amunátegui* (Santiago de Chile, 1882), pág. 404.

<sup>44</sup> J. V. Lastarria. *Recuerdos literarios. Datos para la historia literaria de la América española y del progreso intelectual en Chile*, 2.<sup>a</sup> Edición. Santiago de Chile, 1885, pág. 69.

ricana. En 1841 Sarmiento no era más que un periodista medio loco que hacía continuo y fastuoso alarde de la más crasa ignorancia, y que habiendo declarado guerra a muerte al nombre español, se complacía en estropear nuestra lengua con toda suerte de barbarismos, afeándola además con una ortografía de su propia invención.

Sarmiento, sin embargo, como forastero que era, no hubiese roto el fuego contra la enseñanza académica en Chile, como no la había roto su compañero de emigración D. Vicente Fidel López, que desde febrero de 1842 redactaba, con la colaboración de Gutiérrez y de Alberdi, la *Revista de Valparaíso*, si a deshora no hubiese venido a prestarles ocasión y armas un profesor chileno, que discípulo primero de Mora, y luego de Bello, había conservado mucho más del espíritu innovador del primero que del pacífico y mesurado del segundo, y que ya por entonces había levantado la bandera de la emancipación mental de Chile, en el sentido de romper con todas las tradiciones de la colonia. Era éste L. José Victorino Lastarria, espíritu rígido y anguloso con apariencias de positivo, sectario fanático de un ideal de política abstracta que pretende someter a teoremas inflexibles el rico contenido de la historia y la complejidad de los actos humanos <sup>45</sup>. Lastarria fundó en 1842 una *Sociedad Literaria*, compuesta en su mayor parte de estudiantes, y en la inauguración leyó un discurso que él consideraba como un monumento de gloria, por lo cual le reproduce íntegro en sus *Recuerdos literarios*. En él se leían estos conceptos: "*Durante la colonia no rayó jamás la luz de la civilización en nuestro suelo, ¡y cómo había de rayar! La misma nación que nos encadenaba a su pesado carro triunfal, permanecía dominada por la ignorancia y sufriendo el ponderoso yugo de lo absoluto en política y religión . . .*" "Hay una literatura que nos legó la España con su religión divina, son sus *pesadas e indigestas leyes*, con sus funestas y antisociales preocupaciones. Pero esa literatura no debe ser la nuestra, porque al cortar las ca-

denas enmohecidas que nos ligeran a la Península, comenzó a tomar otro tinte muy diverso nuestra nacionalidad." "Es necesario que desarrollemos nuestra revolución y la sigamos en sus tendencias civilizadoras, en esa marcha peculiar que le da un carácter de todo punto contrario al que nos dictan el gusto, los principios y las tendencias de aquella literatura". Lastarria no renegaba enteramente de la lengua: "¡Ah, no! ¡Este fué uno de los pocos dones preciosos que nos hicieron los conquistadores sin pensarlo!" Y prosiguiendo con la quimera de una literatura nacional chilena, antípoda de la española aunque se expresase en la misma lengua, añadía: "Fuerzas es que seamos originales; *tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos necesarios para serlo*, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad".

Sarmiento, en un artículo del *Mercurio* de Valparaíso (periódico que salía de las prensas del tipógrafo catalán D. Manuel Rivadeneyra, después tan célebre como editor, de la *Biblioteca de Autores Españoles*), se apoderó ávidamente del discurso de Lastarria, para comentarle a su modo y herir a Bello y su escuela con mortificantes alusiones. Era tesis suya, que "países como los americanos, sin literatura, sin ciencias, sin artes, sin cultura, *aprendiendo recién* (sic) los rudimentos del saber, no podían tener *pretensiones* de formarse un estilo castigado y correcto, que sólo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa". Atribuía luego la esterilidad poética de Chile, "a la perversidad de los estudios, al influjo de los gramáticos, al respeto a los *admirables modelos* que tenían *agarrotada* la imaginación de los jóvenes". Y, finalmente, tirando ya la piedra a tejado conocido, designaba claramente a Bello, aunque sin nombrarle, y se atrevía a pedir nada menos que su expulsión del país por el crimen nefando de saber gramática. "Por lo que a nosotros respecta, si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido *en tiempo* el destierro de un gran literato que vive entre nosotros; sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado, más allá de lo que nuestra naciente literatura exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las exterioridades del

<sup>45</sup> Vid. La extensa biografía de D. José Victorino Lastarria, por Joaquín Rodríguez Bravo. Santiago de Chile, Imp. Barcelona, 1892.

pensamiento y de las formas en que se desenvuelve nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y de la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado a Sicilia, a Salvá y a Hermosilla, que con todos sus estudios no es más que un retrógado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuando lo viésemos revolverlo en su propia cancha; allá está su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial”.

De este modo proseguía Sarmiento, desbarrando con tan poco sentido común como gramática, cual si quisiera confirmar con el ejemplo lo mismo que teóricamente predicaba. “No hay espontaneidad (decía); hay una cárcel guardada a la puerta por el inflexible *culteranismo* (sinónimo para Sarmiento de literatura culta), que da, sin piedad, de culatazos al infeliz que no se le presenta en toda forma. Pero cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de la forma, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o Fr. Luis de León, adquirid ideas de donde quiera que vengan, nutrid vuestro pensamiento con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época . . . Entonces habrá prosa, habrá poesía, *habrán* (*sic*) defectos, *habrán* bellezas. La crítica vendrá a su tiempo y los defectos desaparecerán.

Sarmiento, que se titulaba con énfasis “ignorante por principios, ignorante por convicción” (como si la ignorancia fuese alguna virtud muy recomendable y extraordinaria), parecía ignorar, entre otras muchas cosas, que esas soberbias profesiones de no saber nada y de pisotear la lengua propia para vengarse de no acertar a escribirla, lejos de ser un rasgo de heroico *americanismo*, eran cosa corriente entre los románticos españoles, si bien, a decir verdad, nunca llegaron entre nosotros las cosas al punto de demencia que revelan los renglones transitorios. Ni llegaron tampoco en Chile, gracias a la sana influencia de D. Andrés Bello, el cual representaba allí el mismo género de disciplina que D. Alberto Lista entre nosotros. Bello, por la gravedad de su carácter y de sus funciones oficiales, no intervino ni podía decorosamente intervenir en un debate donde tan inoportunamente se traía su nombre, casi por los mismo días en que otro patriota chileno y rabioso enemigo de los españoles, D. Juan Miguel

Infante, le llamaba en letras de molde nada menos que *miserable aventurero*, por el capital crimen de querer que se enseñase Gramática Latina y Derecho Romano, estudios propios tan sólo, según la opinión del tal Infante, para crear generaciones de esclavos y de *godos* contumaces y empedernidos. Pocas veces la barbarie se ha presentado con tan candorosa franqueza, y pocos hombres han contraído tanto mérito con ningún país como el que Bello contrajo, alejándola para siempre de Chile. Enfrente de adversarios que en política y en derecho querían retrogradar a los tiempos de Caupolicán, y en literatura no concebían la independencia del genio más que como la de un jinete de las pampas, mantuvo los derechos imprescriptibles de la razón y del gusto, y ni siquiera pudo ser tachado de clasicismo intolerante, puesto que en 1841 había dado a luz una poesía enteramente romántica, *El incendio de la Compañía*, muy elogiada por el mismo Sarmiento; y se preparaba a enriquecer nuestra lengua con las bellísimas imitaciones de Víctor Hugo, que fueron apareciendo en *El Museo de Ambas Américas*, fundado en Valparaíso en 1842 por el colombiano García del Río (antiguo colaborador suyo en el *Repertorio Americano* de Londres); y en el *Semanario de Santiago*, periódico que aquel mismo año y en son de desagravio de la juventud chilena contra las diatribas de Sarmiento, que parecía negarles todo género de aptitud para las bellas letras, comenzaron a publicar varios discípulos de Bello. En aquellas columnas se dió a conocer un escritor de costumbres J. I. Vallejo (*Jotabeche*), imitador de *Fíguro* y de *El Curioso Parlante*; y allí apareció también el primer poema chileno, de alguna extensión e importancia entre los que produjo la nueva generación, *El Campanario*, de D. Salvador Sanfuentes.

Sanfuentes no hacía entonces sus primeras armas; ya era conocido por una traducción en verso de la *Ifigenia*, de Racine, de la cual había publicado Bello algunos trozos en el periódico oficial, recomendándola con singulares elogios, cuando el traductor apenas tenía diez y siete años. En los primeros números del *Semanario* escribió sobre clasicismo y romanticismo, provocando la indignación de los

argentinos López y Sarmiento. Al segundo quiso responder de un modo más directo en el prólogo de su poema, compuesto expresamente como ensayo de la capacidad poética de los chilenos. *El Campanario* fué puesto en las nubes por el entusiasmo local, y tuvo un valor de circunstancias, que es preciso descontar hoy de su mérito absoluto. Es una imitación evidente de las *Leyendas Españolas*, de Mora; pero está a mucha distancia de lo que en este género hacía en Guatemala Batres. La narración de Sanfuentes es sosa, y la parte sentimental de su cuento vale poco, pero tienen chistes las descripciones de algunos tipos y costumbres de la colonia, y están lindamente hechas las octavas jocosas en que se describe la vida plácida y regalona de un Marqués del antiguo régimen.

Sanfuentes, a pesar de sus tareas políticas y forenses, siguió escribiendo muchos versos; pero nunca llegó a obtener un éxito que superase al de su primer ensayo, ni pasó nunca de una medianía elegante. Tradujo el *Británico*, de Racine con la misma "exactitud y propiedad de lenguaje, y tacto fino en variar las censuras del metro", que había elogiado Bello en su versión juvenil de la *Ifigenia en Aulide*. Tradujo con igual esmero, pero con más libertad, *Los celos infundados* (*Le cocu imaginaire*) de Molière. Su teatro original, aparte de algunos ensayos juveniles que él mismo destruyó, se compone de tres piezas originales: *Carolina, Cora o la Virgen del Sol* y *Juana de Nápoles*; pero aun esta última, que es la más apreciable, se deja leer con fatiga, y no sabemos si resistiría la prueba de las tablas. En la poesía narrativa, que era su género predilecto, se sostuvo siempre con facilidad y desembarazo, e hizo loables esfuerzos para dar a sus obras color de naturaleza americana; pero a pesar de haber escrito tres largas leyendas, *El Bandido*, *Inami o la laguna de Ranco*, *Huentemagu*, y un poema en dos volúmenes, *La Destrucción de la Imperial*, que tiene nada menos que 17.626 versos continuó siendo para todo el mundo el autor de *El Campanario*. Preciábase de imitador de Ercilla, y ha sido, probablemente, el último discípulo aventajado de su escuela,

la cual tenía más razón para durar en Chile que en ninguna otra parte <sup>46</sup>.

Entre los redactores del *Semanario de Santiago*, figuraba al lado de Sanfuentes, otros poetas principiantes figuraban: D. Hermógenes Irisarri, hijo del famoso escritor guatemalteco D. Antonio José, a quien superó en estro lírico y elegancia de versificación, ya que no igualace su ingenio acerado y vasta doctrina <sup>47</sup>; D. Jacinto Chacón, autor de un poema fragmentario, *La mujer*; los dos hijos de D. Andrés Bello, D. Carlos y D. Francisco, el primero de los cuales dió a la escena un ensayo de drama romántico, *Los amores de un poeta*, muy aplaudido entonces como primer paso del ingenio nacional en tan difícil carrera, y muy olvidado después como fruto prematuro y sin sazón. Hubo entonces otras tentativas teatrales, como las del español Don Rafael Minvielle, que además de sus arreglos del *Antony* y del *Hernani*, compuso un drama original, *Ernes-*

<sup>46</sup> Don Salvador Sanfuentes y Torres nació en Santiago de Chile el 2 de febrero de 1817. Era discípulo predilecto de D. Andrés Bello. Su carrera administrativa fué brillante. Tuvo a su cargo en varias ocasiones el Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública, y el de Estado. Estas elevadas funciones no le impidieron desempeñar con gran lucimiento la de Secretario General de la Universidad de Chile, durante el rectorado de Bello. Falleció el 17 de julio de 1860, siendo Decano de la Facultad de Humanidades de la misma Universidad. Además de las obras citadas en el texto dejó un drama sin terminar, *Don Francisco de Meneses*, y presentó a la Universidad en 1850 una Memoria Histórica, *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo*. En la Revista de Ciencias y Letras (1857) publicó las cuatro primeras partes de otro poema, *Teudo, a Memorias de un solitario*.

Acerca de Sanfuentes, vid, Amunátegui, *Juicio Crítico de algunos poetas hispanoamericanos. Obra premiada en el certamen abierto por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile el año 1859*. (Santiago, 1861, páginas 277-315), y *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, páginas 186-205.

<sup>47</sup> Tradujo H. Irisarri en verso la tragedia *Franческа de Rimini*, de Silvio Pellico, y el drama de A. Dumas, *Carlos VII entre sus grandes vasallos*, y en prosa, *Una sola falta*, de E. Scribe, y *Los cuentos de la Reina de Navarra*, del mismo Scribe y de Legouvé. En *La Semana*, revista fundada por los hermanos Alemparte de 1859, publicó una serie de siete cartas sobre el teatro moderno.

to <sup>48</sup>. Pero todas estas producciones mediocres no sirven más que como datos de la cronología literaria.

Mucho antes de que se hubiesen dado a conocer los noveles ingenios citados hasta aquí, y con independencia en cierto modo del movimiento universitario promovido por Mora y Bello, escribía notables versos una esclarecida matrona que ha dejado en Chile tan gratos recuerdos por su piedad y sus virtudes, como por su talento. Cuando en 1837 sucumbió bajo el plomo de vulgares asesinos el gran magistrado D. Diego Portales, un clamor de angustia se levantó de todos los confines de la República chilena, y la poesía, que hasta entonces sólo había acertado a exhalar roncos sonos, así en las tribulaciones como en las alegrías de la patria, se asoció dignamente a aquel inmenso duelo en las vigorosas estancias de un *Canto fúnebre*, que corrió anónimo de mano en mano, excitando la admiración común, sin que nadie pudiera atinar con el nombre de su autor verdadero. Salvo Bello y D. Felipe Pardo, que por entonces estaba emigrado en Chile, no había persona en el país capaz de escribir versos de tan noble sentimiento, de tan elevado espíritu, de tan pura y briosa dicción. No eran, ni con mucho, los primeros de su autora, de quien bien puede decirse que se había educado a sí misma con la lectura de algunos libros españoles y franceses, especialmente piadosos, y con el trato de algunas personas cultas, como D. Ventura Blanco Encalada y el mismo Bello. De ellos pudo aprender la corrección de la frase y el arte de la forma limpia y castiza; pero la fuente de los afectos poéticos la

encontró sin estudio dentro de su propia alma dulce, religiosa y modesta. No fué nunca literata de profesión, sino ejemplarísima mujer de su casa, que sólo escribía versos cuando la devoción, la caridad o la piedad maternal se los dictaban. Entonces corría su vena, fácil y sin esfuerzo, espontánea y candorosa, demasiado abundante en ocasiones y expuesta a los peligros de la facilidad excesiva. Hay redundancia de palabras en sus mejores composiciones. El *Canto fúnebre*, ya citado, el *Canto a la caridad*, la *Plegaria al pie de la Cruz*, ganarían todas reducidas a menos versos, y así podrían eliminarse algunos prosaicos y desmañados, que de vez en cuando las desdoran. Quizá escribió también demasiadas composiciones de índole familiar y casera. Pero la sinceridad lírica es tan evidente, y tan puro el manantial de que brota, y tan hermoso el corazón que se refleja en aquellos versos, que puede suscribirse sin ambages al juicio de Bello, cuando en 1859 llamaba a esta poetisa chilena "la musa de la caridad cristiana, que tiene gemidos para todos los dolores, y sólo presta su voz a los afectos generosos". No lo negará quien haya leído aquellas estancias suyas, que comienzan: "*Dulce es morir*":

Dulce es morir, cuando en la edad primera,  
Con la aureola feliz de la inocencia,  
Parece del Señor en la presencia  
El alma juvenil,  
Como cándida flor de la pradera,  
Que, para ornar al templo soberano,  
Separó diestra, cuidadosa mano  
De su tallo gentil....

Dulce es morir, cuando una fe sublime  
Al hombre le revela su destino,  
Y de flores y palmas el camino  
Le siembra de la cruz;  
Y al débil ser que en este mundo gime  
Agobiado de penas y dolores,  
Transforma de la muerte los horrores  
En apacible luz...

Dulce es morir, cuando en la edad temprana  
El alma, como cándida paloma,  
Vuela desde los montes de la aroma,  
En pos del serafín;  
Diáfana exhalación, que en la mañana,  
Matizada con tinte de oro y rosa,  
Se disuelve brillante y pudorosa  
Del cielo en el confín...

Ni faltan en las poesías de Doña Mercedes Marín rasgos enérgicos, que hacen más impresión por lo mismo que contrastan con la habitual sencillez de su estilo, v. gr.:

<sup>48</sup> Mienvielle era natural de Játiva, y emigrado liberal de 1823, primero en la República Argentina y luego en Chile, donde prestó muchos servicios a la enseñanza. Además de las piezas citadas, tradujo otras de Adolfo Dennery, Aniceto Bourgeois, Victoriano Sardou, y Teodoro Barrière, entre ellas, *Las mujeres de mármol*.

Falleció en 1887. Puede leerse su biografía en *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, de Amunátegui (páginas 315-334).

Para completar, en lo posible, la ligera enumeración del repertorio del teatro chileno en estos años, hay que citar la traducción que D. Andrés Bello hizo de la *Teresa*, de Dumas; *El Proscrito*, de Soulié, arreglado por Lastarria, autor también de alguna comedia original; la tragedia de Sheridan, *Pizarro*, traducida del inglés por D. Juan García del Río, y alguna otra de menos importancia.

¡Son ciegos que han errado su camino:  
Llámalos al redil, Pastor divino,  
Antes que baje el sol de tus piedades!

O bien, cuando exclama en la bella elegía a la muerte de D. Andrés Bello:

Sobre el limpio cristal de su conciencia  
Las corrientes del siglo resbalaron...<sup>49</sup>

La primitiva *América poética*, de Valparaíso (1846), no dió entrada a más ingenios en Chile, que Sanfuentes, Doña Mercedes Marín, Chacón, Irisarri *junior* y D. Eusebio Lillo; del cual nada decimos aquí, porque, según nuestras noticias, es uno de los tres poetas que viven<sup>50</sup> de los comprendidos en aquella famosa antología. Si a los nombres citados hasta aquí se agrega el del argentino D. Gabriel Real de Azúa, que fué chileno por adopción; poeta correcto de la escuela de nuestro siglo XVIII; conocido principalmente por sus fábulas, entre las cuales hay algunas ingeniosas y bien versificadas<sup>51</sup>, tendremos casi completo el cuadro del movimiento literario en Chile durante la primera mitad de nuestro siglo.

La fundación de la Universidad en 1843, bajo la sabia dirección de Bello, determinó un notable desarrollo de la cultura, pero más bien en el sentido científico e histórico que propiamente literario. En el discurso inaugural del Rector se daba, no obstante, la debida importancia al estudio de las bellas letras, y se proclamaba una fórmula de libertad estética muy amplia: "Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos y géneros, en las cadenas con que se ha querido aprisionar al poeta

<sup>49</sup> Nació Doña Mercedes Marín en Santiago de Chile el 11 de septiembre de 1804, y murió en 21 de diciembre de 1866. Su biografía está en *La Alborada poética*, de Amunátegui (páginas 476-568). Sus poesías han sido coleccionadas con este título: *Poesías de la Señora Doña Mercedes Marín del Solar, dadas a luz por su hijo Enrique del Solar* (Santiago, 1874). Fué autora, además, de varios escritos en prosa: una biografía de su padre, otra del primer Arzobispo de Santiago, D. Manuel Vicuña (1843), otra del arcediano D. José Miguel del Solar (1847), etc.

<sup>50</sup> Ha fallecido después, según mis noticias.

<sup>51</sup> Las obras poéticas de Real de Azúa ocupan tres volúmenes, publicados en París por D. Vicente Salvá, en 1839 y 1840. Su comedia *Los Aspirantes*, representada en 1834, mereció los elogios de D. Andrés Bello en un artículo de *El Araucano*.

a nombre de Aristóteles y Homero, y atribuyéndoles a veces lo que jamás pensaron. Pero creo que hay un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas, pero accesibles a la mirada de lince del genio...; creo que hay un arte que guía a la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que, sin este arte, la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas y monstruosas. Esta es mi fe literaria. Libertad en todo. Pero no veo libertad, sino embriaguez licenciosa, en las orgías de la imaginación".

Pero no era "orgías de la imaginación" lo que había que temer de los chilenos. De la Universidad salieron historiógrafos, investigadores, gramáticos, economistas y sociólogos, más bien que poetas. El carácter del pueblo chileno, como el de sus progenitores, vascongados en gran parte, es positivo, práctico, sesudo, poco inclinado a idealidades. Esta limitación artística está bien compensada por excelencias más raras y más útiles en la vida de las naciones; pero hasta ahora es evidente e innegable. No pretendemos por eso que haya de durar siempre. Dios hace nacer el genio poético donde quiere, y no hay nación ni raza que esté desheredada de éste don divino. Los nombres, caros a las musas, de Eusebio Lillo, Guillermo Matta, G. Blest Gana, Eduardo de la Barra, y otros poetas vivos aún, y que, por consiguiente, no deben ser aquí materia de nuestro estudio<sup>52</sup>, son prenda de un porvenir que puede ser tan honroso para Chile como lo es el presente, bajo otros aspectos. Pero hoy por hoy todavía puede decirse que la cultura estética no ha echado raíces bastante hondas en Chile; lo cual se comprueba, no sólo con la relativa escasez de su producción poética comparada con la de otras Repúblicas hispanoamericanas, sino con el carácter árido y prolijo que se advierte en muchos escritos en prosa dignos de alabanza por su contenido; y con la falta de estilo y arte de exposición que en las mismas monografías históricas, que son el nervio de su literatura, deslucen muchas veces los resultados de una labor sabia pa-

<sup>52</sup> Han desaparecido de este mundo en el largo plazo de diez y siete años que van corridos desde la primera edición de estas páginas.

ciente y honradísima. No hay rincón de su historia que los chilenos no hayan escudriñado, ni papel de sus archivos y de los nuestros que no impriman e ilustren con comentarios; pero el historiador, para no ser un simple cronista, necesita cierto grado de imaginación y cierto buen gusto que la marque la distinción entre lo importante y lo superfluo. Admiro y aplaudo el ardor patriótico con que los chilenos se consagran al esclarecimiento de sus anales patrios: pero observo cierta falta de armonía y de proporción en sus trabajos, por lo cual es difícil que fuera del país en que se escriben logren muchos lectores. Chile, colonia secundaria durante la dominación española, tiene historias más largas que la de Roma de Mommsen, más largas que las de Grecia por Curtius o por Grote. Evidentemente es demasiado, y no basta todo el entusiasmo nacional para borrar la diferencia y para hacer interesante lo que de suyo no lo es. Por último, el predominio del positivismo dogmático, triunfante al parecer en la enseñanza oficial durante estos últimos años, contribuye a aumentar la sequedad habitual de la literatura chilena, sólida por lo común, pero rara vez amena.

Como principales periódicos literarios, posteriores al *Semanario de Santiago*, pueden citarse *El Crepúsculo*, que en 1843 fundó Lastarria, y pereció al año siguiente a consecuencia del famoso artículo heterodoxo de Francisco Bilbao, *Sociabilidad chilena*, que atrajo sobre su autor y sobre la revista la condenación de un Jurado que mandó quemar por mano del verdugo el último número de aquella publicación; *Revista de Santiago*, que el mismo infatigable Lastarria comenzó a publicar en 1848 con la colaboración de Bello, los hermanos Amunátegui y otros, durando, con varias alternativas, hasta 1857; la *Revista de Ciencias y Letras*, que empezó a salir aquel mismo año como órgano de la escuela conservadora; la *Revista del Pacífico*, que en 1858 dirigía en Valparaíso D. Guillermo Blest Gana; *La Semana*, de los hermanos Arteaga Alemparte (D. Justo y D. Domingo); *La Estrella de Chile*, revista católica fundada en 1867; la nueva *Revista de Santiago*, de D. Fanor Velasco y D. Augusto Orrego Luco (1872) y en estos últimos años, la *Revista de Artes y Letras*,

que por desgracia ha desaparecido<sup>53</sup>. Como publicación oficial, de las más notables de América, descuellan los *Anales de la Universidad de Chile*<sup>54</sup>.

En todas o en la mayor parte de las colecciones antes citadas, pueden seguirse paso a paso los progresos de la literatura chilena, a cuyo desarrollo han contribuido también diversas asociaciones de vario género, como el *Círculo de los Amigos de las Letras*, la *Academia de Bellas Artes*, (instituciones una y otra en que predominó el espíritu racionalista de Lastarria), el *Centro de Artes y Letras de Santiago*, etc., todas las cuales abrieron certámenes de poesía y premiaron muchos versos.

De los poetas que en estos últimos años han fallecido, merece especial recuerdo D. Domingo Arteaga Alemparte (1835-1880), que se distinguió además como publicista liberal de mucha nota y como enérgico orador parlamentario. Sus estudios habían sido clásicos, y en defensa de la enseñanza del latín sostuvo una notable campaña. Esa sana educación se revela en el limpio estilo, así de sus versos originales, entre los que sobresale el himno *Al Amor*, en metro manzoniano, como en sus traducciones de Lord Byron y Víctor Hugo, y de un fragmento del libro I de la *Eneida*. Pero también es justo confesar que nada de primer orden se encuentra en estas rimas, y que el vigoroso talento de su autor tuvo por verdadero campo de acción y de triunfo la polémica política<sup>55</sup>. Puede citarse también a D. Manuel Blanco Cuartín, poeta satírico y festivo<sup>56</sup>, que heredó de su padre D. Ventura Blanco Encalada la afición a los clásicos españoles y la pureza del idioma; a D. Zorobadel Rodríguez, valiente controversista católico y autor del muy útil *Diccionario de chilenismos*; y al malogrado D. Martín José Lira (1835-1867), cantor de estro suave y melancólico.

<sup>53</sup> Es obra de indispensable consulta la *Estadística bibliográfica de la literatura chilena. Obra compuesta en virtud de encargo especial del Consejo de la Universidad de Chile*, por D. Ramón Briseño. Santiago de Chile, 1862. Dos tomos en folio.

<sup>54</sup> Las poesías de D. Domingo Arteaga Alemparte forman el primer tomo de sus *Obras completas* (Santiago, 1880).

<sup>55</sup> Publicó además dos leyendas, *Doña Blanca de Lerma* y *Mackandal o amor de tigre*. Debió su principal reputación al periodismo en *El Conservador*, *El Mosaico*, *El Cóndor* y *El Mercurio*.

<sup>56</sup> Adviértase que estas noticias no alcanzan, según mi plan, más que hasta 1892.